AS
H8675s

El solar de Arias Gonzalo

Elogio gráfico literario de la Zamora histórica y monumental.
Con texto de

Julio Hoyos

y fotografías de
E. Corti y J. Gutiérrez.

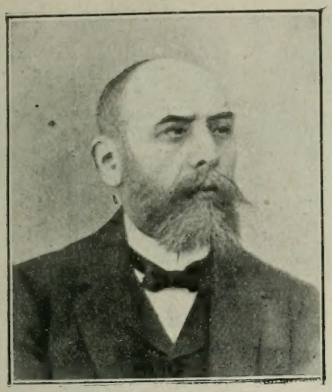
15-2402
26/9/19

Madrid.
Establecimiento Tipográfico de Antonio Marzo
San Hermenegildo, 32 duplicado.

Año 1917

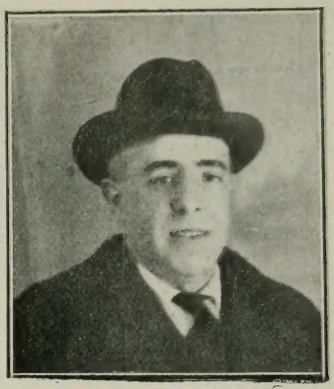
Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elsolardeariasgo00hoyo



D. Pedro Gazapo,
Director del Instituto General y Técnico
y actual Alcalde de Zamora.

A MANERA DE PRÓLOGO



D. Cruz Horacio M. Cancelo,
que presenió y defendió en el Ayuntamiento la confección de esta obra.

Todos los que me han precedido en esta labor de confeccionar libros referentes a la parte histórica y monumental de Zamora, merecen, no sólo mi admiración y mi respeto, sino también mi elogio. Hasta en las más modestas producciones de esta índole palpitan una clara honradez investigadora y un propósito inmejorable.

Pero, por causas prolijas de enumerar e impertinentes ahora, aun no se ha escrito el libro que represente la dignísima crónica que merece esta noble y vieja ciudad.

Ultimamente se ha subsanado, en parte, esta falta con la aparición de dos libros verdaderamente notables; el uno se debe al joven y esclarecido escritor zamorano Francisco Antón, que se ocupa en él de la magnífica sillería del coro catedralicio, y el otro se debe al profesor del Instituto General y Técnico, Sr. Gras, que aclara algunos errores históricos durante el periodo de la invasión francesa en Zamora.

Este nuevo libro también aspira a llenar, en parte, otro vacío importantísimo. Dedicado casi exclusivamente a la parte monumental zamorana, no es la obra técnica que la ciudad merece y necesita, porque su autor no es un competente arqueólogo; pero, como en la portada se declara, es un elogio gráfico literario de las bellas producciones artísticas que el genio y el esfuerzo de los hombres dejaron en pasadas generaciones.

Repasad todos los libros anteriores a éste y os convenceréis de que nin-

D. Manuel J. Roncero Secretario del Ayuntamiento.

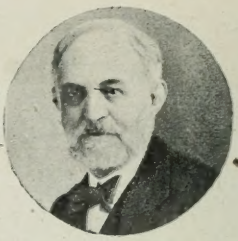
D. Miguel Moyano,
Alcalde cuando aprobó esta obra el Ayuntamiento.

D. Enrique Laguna,
Teniente de alcalde.

D. Luis Prieto

D. Alfonso Marín.

D. José P. Cardenal.


D. Enrique A. Morante.

guno llega a insertar una docena de grabados en su texto. Y entendiendo que la representación gráfica es el medio más eficaz de divulgar y popularizar el mérito de las obras de este género, tal creencia me llevó un día a realizar esta labor, fragmentariamente, en los grandes periódicos ilustrados de España y de América.

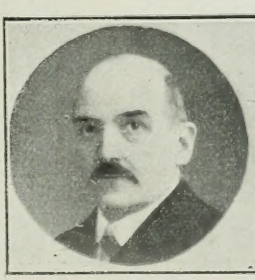
Pero esta obra no me dejaba del todo satisfecho, porque el esfuerzo quedaba desperdigado a través de tan distintas páginas periodísticas, y entonces nació en mí el deseo de reunir y coleccionar en un libro todos esos trabajos, que si en la parte literaria podían no tener otro mérito que el de un noble propósito, en la parte gráfica venían a llenar ese vacío, al que más arriba me refiero.

Tengo la satisfacción de haber cumplido honradamente este propósito. Como obra del hombre, no puede ser perfecta esta obra, bien claramente se me ocurre; pero he procurado llegar, por todos los medios, hasta el mayor grado de perfección. Algo de mérito, digno de figurar aquí gráficamente, habrá quedado sin su necesaria representación, pero ello habrá sido por imposibilidad de orillar inconvenientes ajenos a mi voluntad.

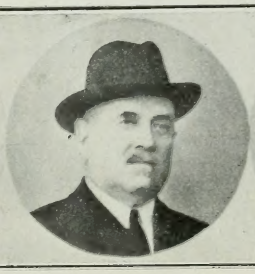
Era una pena que siendo Zamora acaso la primera ciudad española en número y mérito de sus monumentos, referentes al período románico, período altamente importante en la historia de nuestra arquitectura cristiana, se hallase huérfana de poder exponer, al técnico y al turista, lo que pudiéramos llamar el catálogo gráfico de sus tesoros artísticos para poderse codear con otras ciudades, imprescindibles en las guías del turismo.

Por otra parte, hacía más urgente esta necesidad la circunstancia de hallarse la población apartada de las grandes arterias ferroviarias.

Si este libro consiguiera la divulgación del mérito que poseen los monumentos zamoranos y atrajera hacia ellos la visita del aficionado turista, habría conseguido las dos partes en que se divide su propósito.


D. Anselmo Aracil.

D. Tomás Tino.


D. José Funcia.

D. Leandro M. Ballesteros.

D. Constancio Arias. D. Ildefonso Tascón. D Manuel Tola. D. Bernardo Juan.

Y si este libro consiguiera su propósito, debo de declarar que, más que a mí, se debería a los que han colaborado en él. En él han colaborado varios de muy distinta manera. Han colaborado los artistas fotógrafos señores Corti y Gutiérrez, poniendo toda su habilidad profesional en mi auxilio, y han colaborado también los señores que componen la excelentísima Corporación municipal votando, a propuesta de D. Horacio Miguel Cancelo, la ayuda económica, sin la cual acaso no hubiese podido salir a la publicidad este libro.

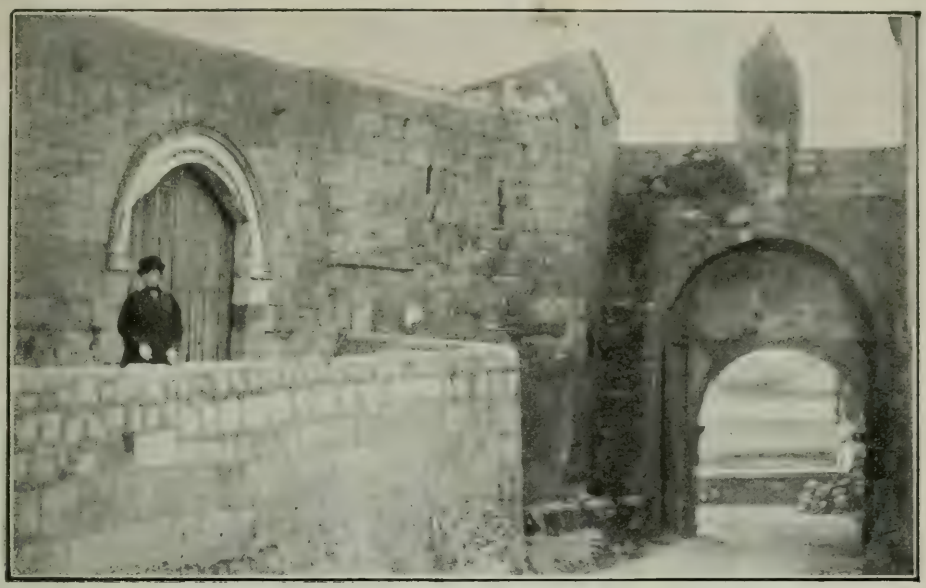
Por eso, venciendo la natural modestia de todos, he querido publicar aquí sus retratos, no por un acto de adulación, ni en recompensa de su conducta, sino para que ello sirva de estímulo a otras Corporaciones que, aun atacadas de la crisis económica por que atraviesa la nación entera, para todo encuentran medios de facilitar ayudas materiales menos para las obras que lleven en sí un destello de arte o signifiquen una manifestación de cultura. Y ya sólo dos palabras para terminar este preámbulo.

Si este libro se titula *El solar de Arias Gonzalo*, es porque creo que éste debe de ser el sobrenombre de Zamora. Así como sobre la provincia se cierne el recuerdo glorioso de aquel invicto caudillo que supo sacudir el yugo de la dominación romana, y cuyo brazo pujante quedó plasmado en el primer cuartel del escudo zamorano, así también se cierne sobre la capital la sombra augusta, generosa y tutelar de aquel espejo de patricios, de aquel modelo de gobernadores que borró con la sangre de sus hijos el dictado de traidora que un día épico se lanzó sobre la plaza.

Sirva, pues, este título de modesto homenaje a la memoria de aquel gran patricio, preceptor de príncipes y de héroes, que supo poner en lo más elevado de las conciencias el sacrificio de que eran capaces los hijos de esta muy noble y muy leal ciudad de Zamora.

D. Vicente Medina. D. Gregorio Antón. D. José M.ª Colonge. D. Fabio Morchón.

El solar de Arias Gonzalo



Restos del Palacio de Arias Gonzalo, junto a la puerta de Olivares.

INTRODUCCION

Este fué el nobilísimo solar del caballero.
Entre las recias rocas, como el nido altanero
de las águilas, tuvo su hogar y su regalo.
Este fué el nobilísimo solar de Arias Gonzalo.
Estas piedras le vieron; estas piedras, ha sido
lo único de entonces, que hasta aquí ha resistido,
a los inexorables embates de la suerte,
a la acción de los siglos y al paso de la Muerte.
Aquí fué donde en tiempos del primer rey Fernando,
se estuvieron sus hijos augustos educando
en las más altas prácticas de virtud y heroísmo
que registra la Historia; cómo estuvo asimismo
en su edad más florida, en su edad más lozana,
quien fué de caballeros el espejo y la flor,

el héroe legendario de la leyenda hispana,
"el rayo de la guerra„: el Cid Campeador.
Con su filial nidada, con la nidada augusta,
aquí vivió sus días el noble caballero,
frente a las arideces de la llanura adusta
y junto a la arrogancia del caudaloso Duero.
Y así forjóse el alma, adusta pero llana,
lo mismo que esa noble meseta castellana;
y así fué su carácter, generoso y bravío,
como las bravas aguas de ese opulento río.

***

Estaba de traidora la ciudad motejada
por la muerte alevosa del rey don Sancho *el Fuerte*,
y esa mancha tenía que dejarse lavada
aunque fuera preciso contender con la Muerte.
Y este noble modelo de lealtad inmensa
eligió a sus tres hijos para lavar la ofensa.
Y él mismo, en el momento supremo de ese día,
despreciando la ayuda de sus fieles vasallos,
les vistió la armadura, preparó los caballos,
les dió su bendición y la fe que tenía.
Y allí, sobre el palenque, en la tierra amarilla
de un trozo inolvidable del campo de Castilla,
que el sol mismo de entonces hoy fecundiza y dora,
quedaron los tres hijos yacentes y maltrechos,
con las armas quebradas, los arneses deshechos,
pero limpia de mancha la ciudad de Zamora.

***

Plebeyo castellano, o magnate de España:
cuando pases por ese muro que el Duero baña,
verás, junto a un portillo, el mísero esqueleto
de un antiguo palacio. Contempla con respeto
esa piedra ruinosa, esa piedra amarilla,
que eso que el tiempo abate, eso que dora el Sol,
es el noble sepulcro del alma de Castilla
donde yace el pasado heroísmo español.

El ferrado centinela Pero Mato

La famosa veleta que estuvo durante dos siglos y medio sobre la torre de San Juan de Puerta Nueva

ANDA por ahí una copla popular, muy conocida, que dice textualmente:

Tres cosas tiene Zamora
que no las tiene Madrid:
Pero Mato, la Gobierna
y el Paseo San Martín.

Lo de *el paseo San Martín*, supongo yo que, si no es una exigencia poética para cumplir la cuarteta, es, por lo menos, una dulce hipérbole sin malicia ni vanidad, en la que no vale la pena de detenerse. Ahora bien; las otras dos cosas citadas, *Pero Mato* y *la Gobierna*, ya merecen la consideración de registrarlas en la crónica, por ser dos figuras típicas de este pueblo y tener una elevada significación simbólica.

Como veletas que fueron, irguieron sobre la capital zamorana, durante muchísimos años, la gallardía de su traza y la heroicidad de su significación. Constituyen en el alma popular una pareja esquiva e inseparable que nos obliga a ocuparnos de ellas al propio tiempo.

Tuvo Zamora una puente monumental, que era su mayor ornato y su mejor baluarte. Su primera construcción se remonta a mediados del siglo XII. Se erguía sobre 22 arcos, estaba coronada de airoso almenaje, y en una de sus dos bellas torres ojivales se colocó luego la imagen de Nuestra Señora de la Guía, patrona de los caminantes.

La historia de este puente está llena de vicisitudes infortunadas

La torre del puente, antes de la restauración, con la veleta denominada *la Gobierna*.

por la penuria de la ciudad para dedicarle toda la atención debida y la brava lucha del Duero que la ha combatido siempre y vencido distintas veces.

De las muchas reparaciones sufridas sólo fué eficaz la que se empezó en 1870 y se terminó diez y nueve años después. Fué entonces cuando se colocó la imagen de la Guía y la veleta, que, por gobernar el estado del tiempo, el vulgo la bautizó con el sobrenombre de *la Gobierna*.

Representaba a la Fama, desplegando al viento sus enormes alas y pregonando con su trompeta la victoria alcanzada por los de Zamora sobre las huestes sarracenas de Abenfuit en el puente de Mérida, hecho tan glorioso que fué tomado para componer uno de los dos cuarteles en que se divide el escudo zamorano.

Sobre esta torre de la puente, Mazariego y Valdés dieron el grito que decidió de la suerte de España, y puso en la cabeza de Isabel *la Católica* la corona de Castilla, jugada al azar en las orillas del Duero, en la guerra de sucesión con Portugal.

Humos de una ridícula modernidad llevaron a cabo la última restauración, borrando las sagradas huellas del pasado con todo lo que tenía de noble, de histórico y de bello...

Y fué entonces cuando *la Gobierna* enmudeció su trompeta, abatió sus alas y dió con su victorioso emblema en el rincón polvoriento de una iglesia vieja, habilitada para museo provincial.

Sin embargo, la veleta en sí, desligándola de su noble significado, era lo de menor mérito del famoso puente. Está recortada sobre una lámina de hierro y fingido con color el relieve de la figura, que mide metro y medio, aproximadamente.

Pero la otra veleta, el famoso caballero armado de punta en blanco que vigiló a la capital sobre la torre de San Juan de Puerta

Nueva durante dos siglos y medio, es una preciosa labor artística debida al rejero Pedro de Sepúlveda, digno émulo de los Villalpando y de aquellos otros que forjaron las maravillosas cancelas de Toledo, Segovia, Burgos y Zamora misma.

La figura de Pero Mato no se siluetó sencillamente en el hierro, como la de *la Gobierna*; la armadura se hizo corpórea y acabada escrupulosamente, como si algún guerrero hubiese de vestirla.

Si Pero Mato daba la impresión de poseer un cuerpo, tampoco le faltaba la apariencia de disponer de un alma. Se la daban los cambios atmosféricos imprimiéndole movimiento, y la voz de la campana del reloj vibraba junto a él como su propia voz.

La torre de San Juan de Puerta Nueva con la veleta denominada *Pero Mato*.

Este famoso reloj se colocó en la torre de San Juan en los últimos años del siglo XIV, como se hizo en Sevilla, Barcelona, Burgos, Uclés y Olite al aparecer las máquinas de esta clase, operación que obligó a reformar la parte alta de la torre, en la que se colocó la campana, nombrándose un relojero para el exclusivo objeto de cuidar de su maquinaria y *dar la Queda* por las mañanas a los obreros y otra vez a la noche, para que a la última campanada tomaran las armas los alcaldes y peones encargados de velar por la seguridad pública.

Muchas fueron las veces que hubo necesidad de refundir esta campana, por el excesivo uso que de ella se hacía en toda clase de fiestas, de las que resultó resquebrajado el bronce; y por ser en algunas de aquellas refundiciones mal calculado el peso, se inició el cuarteamiento de la torre que la sostenía, como aun se puede apreciar en la presente fotografía.

Hasta el año 1814, el ferrado centinela se mantuvo incólume en su puesto de honor. Su armadura, toda dorada a fuego, brillaba al sol como un áureo penacho, y, desde lejos, era lo primero que veía

el caminante, igual que un faro refulgente, que una llama viva que le guiase hacia la ciudad.

Así como *la Gobierna* representa el segundo de los dos cuarteles en que se divide el escudo de Zamora, Pero Mato representa el primero; es el brazo de Viriato, armado de la *Seña bermeja* de nueve puntas. Sólo que Sepúlveda, para mayor belleza del artificio, en lugar de forjar el brazo solo, como en la representación heráldica, forjó el cuerpo entero; y aunque a Viriato no le corresponde esa armadura de los siglos XV y XVI que ostenta la veleta, él siguió el anacronismo del blasón zamorense que así lo ha interpretado.

En el citado año de 1814, al restaurar el chapitel de la torre y refundir la campana, se apeó a Pero Mato. Entonces no se volvió a estofar con oros la armadura; se la cubrió con una capa de pintura negra, y su gallarda figura cobró un tinte más sombrío, más triste, pero más severo.

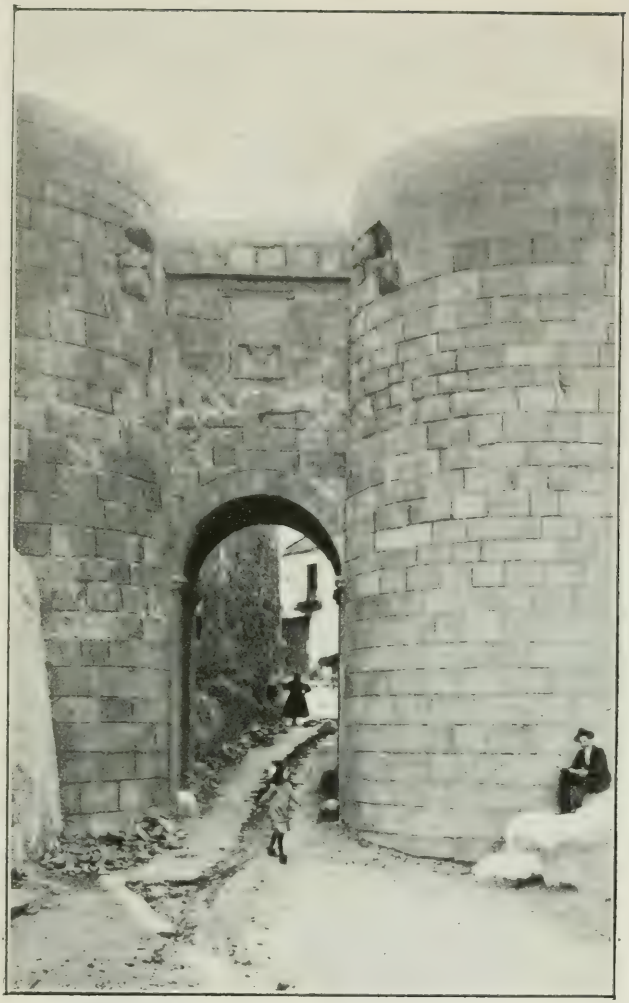
Calada la visera, calzadas las espuelas, ceñida la espada, enhiesta la lanza coronada de la Seña bermeja, el enlutado Pero Mato volvió a su centinela, orgulloso de su hazaña. Era la primera vez que le había ocurrido. Cuando los chillones vencejos giraban a su alrededor sin conseguir quebrantar su tranquilidad, respiraba el vecindario y sonreía el labriego. Pero una vez el guerrero se agitó denodadamente, giró hacia las escenas venales de la plaza, y entonces fulguró el relámpago, estalló el trueno, y Pero Mato aguantó en la punta de su lanza la tremenda descarga eléctrica. Es verdad que tuvo un instante de locura vertiginosa alrededor de su eje, porque todo lo humano está condicionado; pero mientras se quebró la campana y se cuarteó más aun la torre, él, repuesto pronto de la sorpresa, tornó a quedar en pie, firme y sereno, sin desafiar la furia de la tempestad, pero pronto a seguir resistiéndola.

Por premio a esta hazaña, ya os lo he dicho, ni se renovó el oro de sus arneses ni se restauró el platino de la punta de su lanza. Todo enlutado, siguió tras la rejilla de su celada oteando la inmensidad del horizonte extendida ante él, escuchando la chillona greguería de los vencejos y dando la espalda a la mundana Fama, que desde la torre del puente pretendía seducirle con su vanidosa trompeta.

Pórtico de San Juan de Puerta Nueva.

Ella pudo más que el valeroso caballero, que al fin es mujer y halagadora. Pero culpa fué de los hados adversos, del tiempo cruel que todo lo envejece y lo destruye. Las partes han vuelto a formar su todo y, como en el escudo de la ciudad, los dos emblemas gloriosos han tornado a reunirse en ese polvoriento rincón de la vieja iglesia habilitada para museo provincial.

El puente ha perdido ya toda la belleza ornamental, y la torre de San Juan de Puerta Nueva su chapitel; pero aun de su importancia pasada conserva esta iglesia el hermoso pórtico que reproduce la fotografía que aquí publicamos.



Puerta de Zambranos de la Reina, y entrada principal del palacio de D.ª Urraca.

Cómo se lavó la traición de Vellido Dolfos y dónde fué armado caballero el Cid

DON Fernando I *el Magno* fué un excelente monarca, un padre amoroso y un hombre justo y equitativo. A su muerte dividió sus estados entre sus hijos, y, por esta disposición paternal, tocóle el reino de Castilla a D. Sancho; el de León, a D. Alfonso; a Don García, el de Galicia y a las hembras Doña Urraca y D.ª Elvira las ciudades de Zamora y Toro, respectivamente, que tomaron el título de Infantados, pero con las rentas de todos los monasterios, lo que equivalía en preeminencias iguales a las de los tres hijos varones.

Doña Urraca y D.ª Elvira fueron, pues, tan reinas de Zamora y de Toro como sus hermanos lo fueron de Castilla, León y Galicia.

Pero el príncipe primogénito no lo estimó de igual modo, y quiso reunir bajo su dominio lo que el augusto padre había disgregado por equidad. Y este propósito lo fió a la fuerza, y lo puso en práctica a la muerte de su madre.

La empresa tuvo un afortunado principio, y acaso hubiese hallado un feliz término de no haber sobrevenido el alevoso incidente que terminó con su vida, y que dió ocasión a uno de los episodios más interesantes de la historia castellana.

Sancho II fué un hombre hercúleo, valeroso y audaz. A la Historia ha pasado con el sobrenombre de *el Fuerte*, y a estas cualidades y condiciones debió la pronta destitución de sus hermanos de los reinos de León y Galicia y del infantado de Toro.

Faltábale Zamora para coronar con el éxito total su ambiciosa empresa, para lo cual, a principios del año 1072, mandó pregonar en Burgos que cuantas gentes de armas hubiese en aquellos reinos se reuniesen en hueste en Sahagún. Allí las acaudilló y de allí partió para Zamora, llevando capitanes tan prestigiosos como Diego Ordóñez de Lara y Rodrigo Díaz de Vivar.

De ambos adalides tenía el rey Sancho holgadas muestras de valer y de valor, pero más esperaba de *el Cid* que de Diego Ordóñez, por la coincidencia de haber pasado su infancia Rodrigo Díaz en Zamora, en unión de D.ª Urraca, y bajo la tutela del gobernador de la ciudad, Arias Gonzalo.

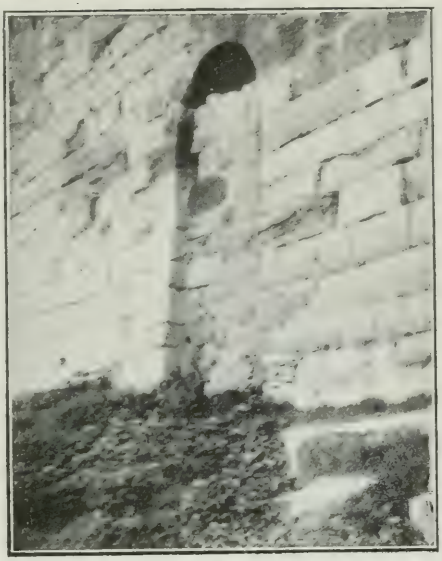
Pero así que fué llegado ante los muros, pudo cerciorarse de aquella inexpugnabilidad que rezaba la fama desde los romances árabes a los castellanos, y que todos conocían de este modo:

«De un lado la cerca el Duero,
Del otro peña tajada,
Del otro cincuenta cubos,
Del otro la barbacana.»

Tal debió de ser la esperanza que D. Sancho tenía en el de Vivar, que a él le encomendó la empresa de llevar a su hermana doña Urraca un real mensaje proponiéndola la entrega de la ciudad a cambio de otras concesiones, y notificándola que, de lo contrario, acudiría a la fuerza de las armas.

Pidió *el Cid* audiencia a la reina, y ésta tratóle con grandes muestras de afecto y consideración, pero fué grande su pesadumbre al conocer la embajada que el de Vivar la traía.

El leal y prestigioso gobernador D. Arias Gonzalo sacó a la reina de sus terribles dudas, aconsejándola que reuniese el Concejo, y de este modo se sabría mejor la opinión de los zamoranos. Ellos deci-



Portillo Darena, denominado *de la traición*.

dieron morir antes con su reina que entregar la plaza al usurpador de reinos, y ésta fué la respuesta que Ruy Díaz hubo de llevar a su señor.

No de muy buen grado se había encargado *el Cid* de tan delicada comisión por el afecto que a la ciudad y a su señora profesaba desde su infancia, y grande fué la indignación de los zamoranos por haberla aceptado.

El romance de la época lo recuerda así:

«—¡Afuera, afuera, Rodrigo—el soberbio castellano!
Acordársete debiera - de aquel buen tiempo pasado,
Cuando fuiste caballero—en el altar de Santiago,
Cuando el Rey fué tu padrino;—tú, Rodrigo, el afijado!»

Mucho se enojó D. Sancho de la respuesta que le llevara *el Cid*, al extremo que, creyendo parcial al caudillo en pro de la ciudad zamorense, le despidió de su servicio; pero, comprendiendo que con él y la gente que le seguía perdía la flor de sus capitanes y lo más aguerrido de sus huestes, volvió de su acuerdo y fué en su busca, hallándole ya cerca de Medina del Campo.

Los repetidos asaltos fueron estériles, grande la mortandad por ambas partes, y al fin se determinó ponerla estrecho cerco y así sitiarla por hambre.

Al cabo de siete meses de asedio, la situación de la ciudad era apuradísima. La reina, ante la noble lealtad de sus vasallos, no queriendo echar sobre su conciencia la esterilidad de tan grande heroísmo por su causa, convocó de nuevo al Concejo para tratar de la rendición y de su partida para tierra de moros. La resistencia había de ser inútil y ya muy breve; los alimentos escaseaban rápidamente porque la población se había engrosado en gran manera con muchos que allí acudieron de los reinos usurpados por D. Sancho a sus hermanos.

Y cuando estaban en este aprieto, se destacó un hidalgo llamado Vellido Dolfos, refugiado de uno de aquellos reinos destituidos, y prometió salvar a Zamora del asedio con tal de que, si lo lograba, la reina le hiciese merced de lo que le había solicitado.

Por salvar a la ciudad de tan grave situación, la reina no podía negar merced alguna. Así lo declaró D.ª Urraca; pero todos apretaron a Vellido Dolfos para que declarase los medios de que se había de valer en tamaña empresa. Claramente comprendían todos que, siendo el enemigo superior en fortaleza y poseyendo tal tenacidad como la que demostraba, Vellido Dolfos sólo podía llevar a fines felices su empeño por medios que no fueran ni la convicción ni la lucha franca y noble.

Pero Vellido no declaró su plan. Dióse por ofendido y salió, como fugitivo, por un portillo de la muralla, abierto en toda sazón, y denominado Darena.

Ya con esto, todos recelaron del hidalgo forastero, y así se lo avisaron a las gentes que don Sancho tenía más cerca de la muralla. La *Estoria* del *Rey sabio* se hace eco de ello, y el romance lo reza así:

«Rey Don Sancho, Rey Don Sancho
no dirás que no te aviso,
que de dentro de Zamora
un alevoso ha salido,
Llámase Vellido Dolfos
hijo de Dolfos Vellido.»

En el campo del sitiador tampoco Vellido inspiró a todos confianza, pero ganó la ambiciosa voluntad del rey prometiéndole mostrarle el portillo abierto siempre, por donde era fácil vulnerar la fortaleza.

Un día que cabalgaban juntos, Vellido dijo a D. Sancho que era la ocasión de descubrirle

Puerta del Mercadillo, por donde salieron hacia el *Campo de la Verdad* los hijos de Arias Gonzalo para el desafío.

el secreto. Mandó el monarca de Castilla que los dejasen solos, y de su real se dirigieron hasta el sitio en donde se halla la iglesia de Santiago de los Caballeros. *El Cid* y Ordóñez de Lara los vigilaban desde una distancia prudente, pero hubo un punto en que la hondura del terreno se opuso a la vigilancia.

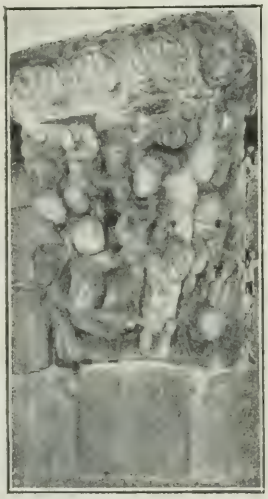
Iba D. Sancho sin más armas que su dorado venablo, y hubo de dársele a Vellido, porque una inexcusable necesidad le obligó a descender de su cabalgadura... Y en esta indefensa situación, Vellido Dolfos, con el propio dardo real, atravesóle por la espalda con tal acometida, que el arma asomó por el pecho del monarca castellano.

El Cid vió cómo Vellido Dolfos corría solo hacia la ciudad; y, adivinando su alevosía, montó en su caballo y echó tras del fugitivo; pero la presteza no le había dado lugar a calzarse las espuelas, y su caballo no alcanzó al del regicida.

La tradición y el romancero dicen que el de Vivar maldijo del caballero que cabalgara sin espuelas.

Vellido, aunque fué a acogerse a la piedad de la reina, fué preso y causó una común indignación entre sitiadores y sitiados, que los de Zamora antes preferían verse muertos que tildados de traidores.

Como a tales los retó Diego Ordóñez de Lara, y apeló al *juicio de Dios* para que en duelo con él se dirimiese el pleito. Hiciéronle saber que, por haber retado a toda una ciudad que disponía de Concejo, las leyes de caballería le obligaban a batirse con cinco caballeros, uno detrás de otro; pero el denodado Ordóñez no se amedrentó por ello y aceptó la condición.



Capitel de Santiago.

En el llamado *campo de la verdad,* cerca de la iglesia de Santiago, se estableció el palenque. El heroico D. Arias Gonzalo no consintió que brazos ajenos se encargaran de lavar la mancha que el de Vellido había arrojado sobre la noble ciudad. No le dejaron a él ser el primero en disputar el campo a Ordóñez de Lara, pero no consintió que fuesen otros antes de sus hijos.

Interior de la iglesia de Santiago de los Caballeros y altar donde se asegura que fué armado caballero Rodrigo Díaz de Vivar.

El propio venerable anciano los armó y animó para la liza, y los tres mozos cayeron, uno tras de otro, bajo el embite arrollador del brazo hercúleo del de Lara. Pero el último de ellos, ya en las ansias de la muerte, al devolverle con la espada el duro golpe recibido de Ordóñez, alcanzó a su caballo, y el campeón de D. Sancho no pudo evitar la salida del palenque.

Los jueces de campo de una y otra parte beligerante, con esta circunstancia dieron por terminada la contienda, declarando vencedor a D. Diego, y conviniendo, asimismo, en levantar el calificativo

de traidores lanzado sobre los zamoranos, pues que bien habían demostrado que no eran parte en la traición del hidalgo forastero.

¡Don Arias Gonzalo! He aquí un nombre que queda en la Historia como flor y espejo de la lealtad y del heroísmo. Guzmán *el Bueno* sacrificó un hijo por la libertad de su patria. Arias Gonzalo sacrificó los tres por el honor de la suya.

La traición de Vellido Dolfos quedó tan latente en el espíritu de los de Zamora, que el cuerpo del regicida fué arrastrado por las calles y se denominó *portillo de la traición* (y aun sigue conociéndose por este nombre) el que él utilizó para entrar y salir de la ciudad llevando en el corazón el abominable crimen.

Se ha dicho que Vellido quería conseguir el amor de la infanta zamorana, y que con esta moneda probó a comprar su deseo; pero esto no aminora su abominable crimen, y menos aun a precio de traición...

Yo he repasado estos lugares históricos con una veneración sublime. Las piedras, doradas ya por el sol de tantos siglos, hablan al espíritu con esa voz misteriosa de la leyenda.

He visto la puerta de Zambranos, lo único que queda ya en pie del palacio de D.ª Urraca...; lo demás es una deplorable ruina por donde en vano escrutan los ojos para descubrir el pasado. Sobre el arco de esta puerta campea el busto de la infanta zamorana y estos dos versos del romance

«¡Afuera, afuera, Rodrigo,—el soberbio castellano...»

Y antes de que la ocasión se pase, recordemos lo que de este romance sigue:

«Acordársete debiera—de aquel buen tiempo pasado,
Cuando fuiste caballero—en el altar de Santiago,
Cuando el Rey fué tu padrino;—tú, Rodrigo, el afijado.»

Lo cual quiere decir que Rodrigo Díaz de Vivar, educado, como hemos dicho, en Zamora bajo la tutela de D. Arias Gonzalo, fué armado caballero en Santiago de los Caballeros y apadrinado por el Rey Fernando I.

Existe la creencia que lo fué en Coimbra; pero esta ciudad fué cercada en el año 1040, cuando *el Cid* tenía catorce años, puesto que nació en 1026.

Cuando el Rey Alfonso XII visitó con Cánovas del Castillo esta iglesia, que es uno de los raros y mejores ejemplares que existen del estilo bizantino, el primer ministro díjole al Soberano:

—Arrodíllese Vuestra Majestad en el lugar donde se arrodilló *el Cid*.

Allí está la iglesia, como arropada en el recuerdo del noble pasado, cercana al lugar en donde se halla la cruz mural esculpida en en una tapia, en memoria de la muerte de Sancho II de Castilla.

Y también el *portillo de la traición*, como queriendo ocultar el triste recuerdo de su episodio, se halla medio enterrado en las tinieblas como un ojo moribundo.

En Santiago de los Caballeros hizo *el Cid* jurar, por primera vez, a D. Alfonso, aunque luego se refrendó el juramento en Santa Gadea. Hay curiosos testimonios de ello que adornan de mayor respeto a esta vieja y olvidada iglesia.

El exterior de este templo es de un aspecto muy humilde y su estado general amenaza inminente ruina. Su ábside es semicircular y su planta la forma un paralelógramo de dimensiones muy reducidas. El arco de la capilla mayor está sostenido por dos columnas con capiteles de follaje, monstruos, y otras figuras en actitudes poco edificantes.

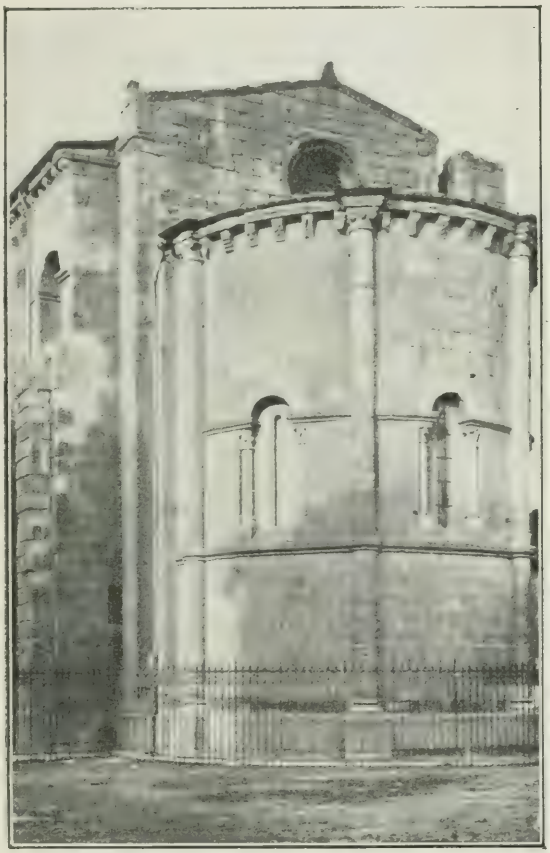
Otras dos columnas existen empotradas en el muro, que debieron de servir de apoyo a un segundo arco toral y cuyos capiteles, de figuras enlazadas por el cuello con un cordón, son verdaderamente notables.

Su construcción debe de remontarse al siglo X y está declarada monumento nacional.

También en la muralla, frente a las arrogancias del Duero, están en pie los restos del palacio de D. Arias Gonzalo, el noble, el venerable, el heroico patricio ante el cual, si sois amantes de la raza, descubríos conmigo para que a sus manes llegue nuestra admiración y nuestro respeto.

La Magdalena

A principios del siglo XIII, los monarcas leoneses D. Alfonso IX y doña Berenguela residían muy de continuo en tierras de Zamora, a las que profesaban una extraordinaria devoción. A su influencia y su interés se deben un buen número de construcciones con que embellecieron y dieron importancia a esta comarca.



El ábside.

El arte románico dejó por esta época los más hermosos ejemplares de sus templos por estos lugares, y uno de ellos es el de la Magdalena.

Aunque Zamora no es una capital que haya puesto gran cuidado en la conservación de sus bellezas monumentales, ya por falta de afición, ya por escasez de recursos, el caso es que de la Magdalena ha hecho una meritísima excepción. También, por fortuna, este hermoso templo ha tenido de su parte el respeto de los siglos; ellos le han conservado en un magnífico estado que le libró de las irritantes restauraciones.

Exteriormente, las nobles piedras milenarias, aurificadas por los

soles de tantas centurias, parecen talladas sobre un gigantesco lingote de oro.

Algo falta de su esbelta torre, que no ha llegado entera a nuestra época; en cambio, se han hecho burdas edificaciones adosadas al templo que embarazan su esbeltez y ocultan por el lado de San Martín la contemplación entera de su hermosa construcción.

Antes de penetrar en el templo—hoy habitado por unas monjas que asisten a los enfermos—nos hemos detenido un gran rato en la contemplación de su portada. Es un arco de herradura, sobre pilastras gallonadas, del más puro acento clásico.

Son admirables las labores de los ocho capiteles columnarios en que se asientan las filigranas del arco, en su mayoría compuesto de hojas de acanto, y rematado en un medio punto de cabezas multiformes.

Digna es de admiración la maravillosa rosa que se abre por encima de este arco y que guarda una gran armonía con él.

A la izquierda de este arco de ingreso, teniendo en cuenta la situación del espectador, aun abren sus bocas elegíacas cuatro de los nichos en que en otro tiempo fueron enterradas personas de la comunidad o deudos de ellas.

Otra de las cosas que exteriormente llama más la atención es el hermoso ábside, de una limpia pureza románica. Es de forma circular y su línea se halla interrumpida por delgadas columnas, que se elevan desde la base a la coronación.

Recorren el exterior de este cuerpo dos sencillas impostas, una inferior a las luces y otra a la altura del arranque de los arcos en que rematan las ventanas, ventanas semicirculares de poca luz y primorosas de sencillez.

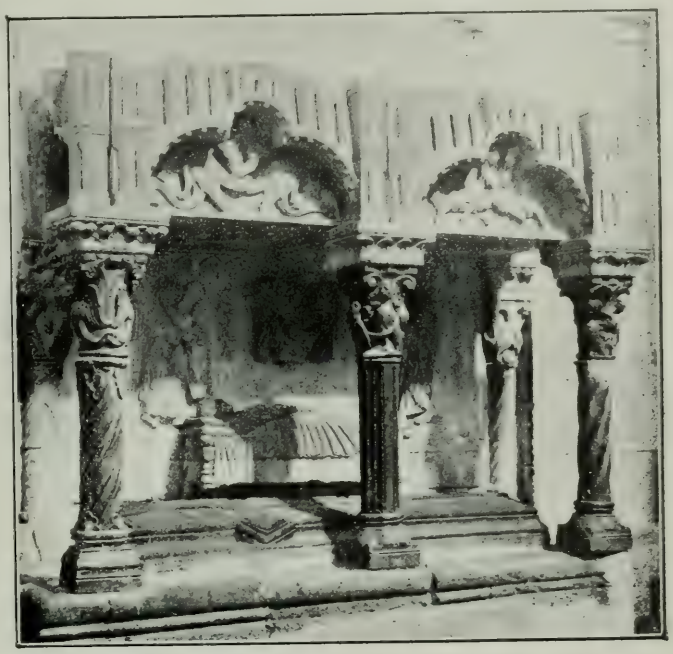
La iglesia es de una sola nave, amplia y espaciosa, y aunque su techumbre es de madera, a juzgar por los contrafuertes que se ven al exterior de los muros, es de presumir que tuvo su correspondiente bóveda o debió de pensarse en construirla.

Ya dentro del templo, nuestra primera impresión es desconsoladora. El plebeyo jalbegue ha embadurnado los muros, cegando casi todas las labores de la piedra y borrando esa pátina marfileña con que el tiempo ha pulido estos bellos interiores.

Puerta principal del templo.

En algunos trechos se ha picado ya esta capa embadurnadora; si algún día se realiza por completo esta operación, el interior de este templo recobrará su natural armonía y quedarán al descubierto muchos bordados de la piedra.

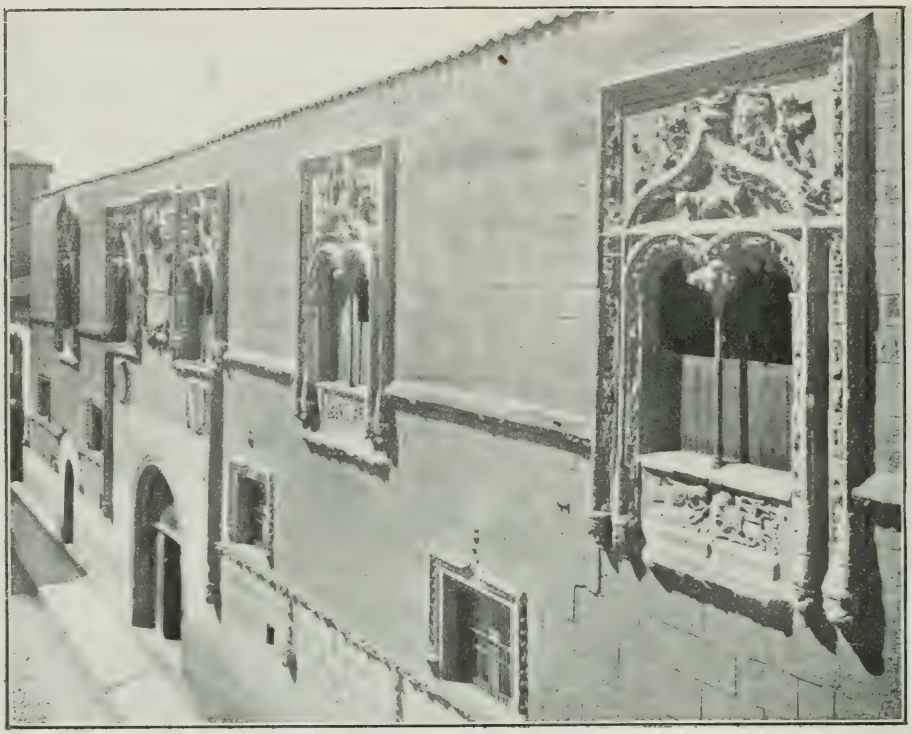
La nave de esta iglesia tiene un ensanche a manera de crucero, y a sus dos lados se elevan sendos baldequines compuestos de arcos de medio punto, apoyados en ménsulas sobre los muros y en columnas torsas sobre la nave.



Sepulcro de D. Juan Vázquez de Acuña.

Junto al baldequín del lado del Evangelio aparece el magnífico enterramiento de D. Juan Vázquez de Acuña, que construído, a lo que parece, en el siglo XVI, aparenta mayor antigüedad por el cuidado que puso el artista en hacer la obra, de acuerdo con el carácter del templo. Es, acaso, lo que mayor interés despierta en esta edificación.

Amén de los ornamentos propios de su estilo, hay en este sepulcro una verdadera riqueza simbólica en las figuras que glosan el tránsito cristiano de su prócer caballero... Y al fondo, en la mística penumbra del palio pétreo, la figura yacente de D. Juan Vázquez de Acuña, entre los pliegues faraónicos de su túnica, cruza con santa unción sus manos exangües, como implorando eternamente del cielo la conservación de su última morada.



El Palacio de los Sanabria, denominado «Casa de los Momos».

LA "CASA DE LOS MOMOS,,

Para un espíritu escrutador, es cosa de gran contrariedad el no poderle arrancar su secreto al pasado. Saber, por los efectos, que hubo una causa primera que los produjo, causa que en su sazón fué del dominio común y la cual se pierde ya a nuestra observación por la carencia absoluta del itinerario que nos lleve hasta ella, es un desconsuelo para los que tenemos este amor a lo retrospectivo.

Esto acontece con el hermoso edificio denominado popularmente *Casa de los Momos*. El porqué de esta denominación no ha podido averiguarse.

Los que me han precedido en esta tentativa no fueron más afortunados. Hay dos creencias, sin confirmación que merezca un cré-

dito formal, por las cuales deducen que mereció este palacio el remoquete de *Casa de los Momos.*

De este palacio hoy no existe más que la fachada, y no es un solo cronista el que asegura que no se llegó a más en esta edificación, por lo cual nunca fué habitada. Esta circunstancia (que si hoy nos extraña, debió de extrañar más aun a las gentes de la época en que se construyó), unida a la de verse sobre la portada las dos grandes figuras heráldicas que sostienen el primitivo escudo de la casa, creen los cronistas que fueron las dos causas por las cuales el vulgo bautizó al palacio con el sobrenombre de que nos ocupamos.

Deducción acaso lógica por el plebeyo gusto de las gentes de satirizar las cosas y adulterar los nombres, pero que no se basa en ningún dato que merezca la pena de tomarse en consideración.

El epíteto debe de venir de muy antiguo, porque todo el mundo conoce al palacio de este modo, y de él tomó el nombre la plaza en donde se asienta, conociéndose también por plaza de los Momos.

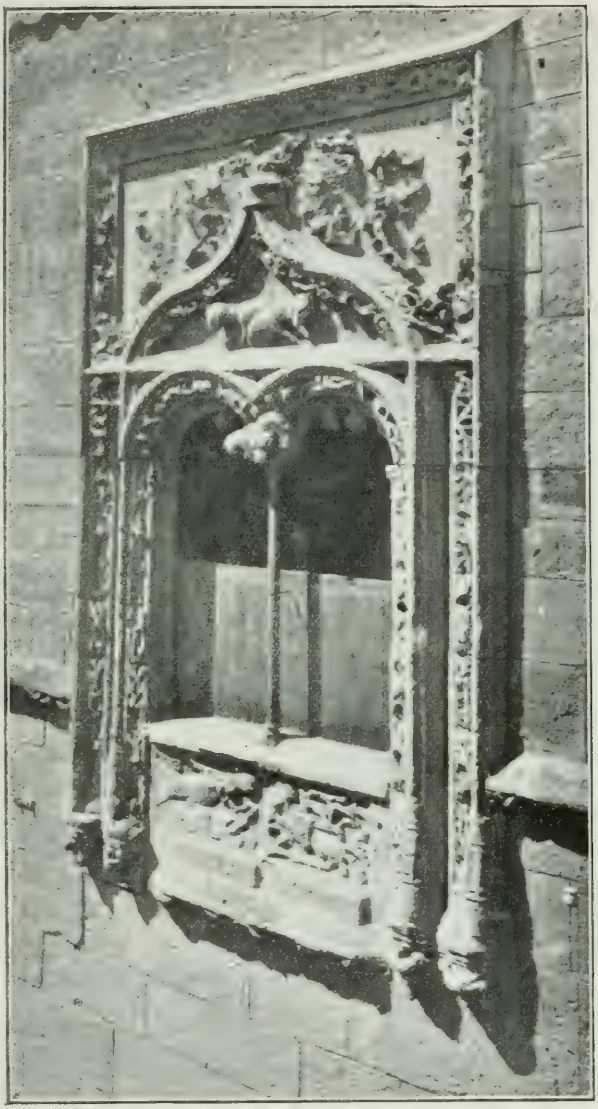
De si se construyó algo más que la fachada, de si fué, por tanto, habitado o no, ya hemos dicho que no existen antecedentes. Lo único cierto que se sabe, y sus escudos lo pregonan, es que lo mandaron edificar los de la casa de Sanabria para morada suya.

Hoy está profanado por un mesonero. En una de sus puertas laterales, en la que debió disponerse para postigo del palacio, el actual arrendatario ha puesto un burdo rótulo que dice: *Parador de los Momos.*

Las gentes de toda Castilla, especialmente las que se dedican al chalaneo, escogen este parador por la comodidad de sus amplias caballerizas, y lo que estuvo dispuesto para reyes y magnates, para hidalgos y ricos-hombres, ahora es hollado por la rufianesca y la gañanería, que jamás ha parado mientes en la nobleza y valía de su albergue.

La casa de Sanabria une, a su rancia alcurnia, los timbres de la más preciada lealtad, conquistada por el caballero D. Mendo Rodríguez de Sanabria.

El fué la causa involuntaria de la muerte de su rey. Luego de haber combatido inútilmente las conspiraciones armadas contra don



Detalle del Palacio de los Sanabria.

Pedro, perdida la batalla de Montiel y recluído el monarca en el castillo de este nombre, el leal caballero sanabrés concibió un proyecto de salvación.

Tenía noticias de que el caudillo francés Bertrán Duguesclín, principal mantenedor de la causa de D. Enrique de Trastamara, no era absolutamente incorruptible.

Con estos antecedentes, y luego de entrevistarse con él, concertaron dejar salir a D. Pedro del castillo de Montiel y facilitarle la evasión, con lo cual Duguesclín iría ganando los señoríos de Soria y Almazán, con otras villas, más 200 doblas castellanas.

Pero Men-Rodríguez fué engañado. Conducido el rey don Pedro a la tienda de Duguesclín, fueron detenidos el de Sanabria y otros dos leales compañeros suyos. Don Pedro se vió solo en la tienda; luegó apareció el de Trastamara con Duguesclín, se entabló la lucha entre los dos hermanos, y lo demás es ya harto conocido para relatarlo ahora.

Duguesclín creyó que con la famosa frase *Ni quito ni pongo rey*,

pero ayudo a mi señor, quedaban limpias sus manos ante la Historia, al modo de Poncio Pilatos.

Mendo Rodríguez de Sanabria, habiendo logrado escapar, huyó por la Puebla hacia Portugal, y de su nombre ni de su suerte se volvió a saber detalle alguno. Hay quien cree que con las mercedes de su rey hizo el hermoso palacio que quedó sin terminar; pero otros, atendiendo a que su estilo, de la decadencia gótica, marca un período posterior al de los Reyes Católicos, se inclinan a creer que lo mandaron edificar los sucesores de su noble rama.

Lo cierto es que su fachada se conserva en un primoroso estado, y que es un valiosísimo ejemplar de su época, porpue, por aquel tiempo, todas las construcciones de mérito eran religiosas o guerreras.

Fachada principal del castillo.

"No se ganó Zamora en una hora,,

No se ganó Zamora en una hora; todo buen español lo sabe, y la frase, no sólo es popular en nuestra patria, sino que ha llegado a traspasar las fronteras nacionales.

Esta vieja ciudad, a la que en otro tiempo se la denominó Numancia, y por la Numancia que prefirió entregarse al incendio antes que al yugo del invasor se la tuvo, dispuso siempre de una defensa amurallada que fué el asombro de propios y extraños.

Romanos son los primeros vestigios que de ella se tienen. El genio militar de Roma no se desaprovechó en la península, y de sus enseñanzas surgió aquel heroico caudillo sayagués que por estas mismas tierras zamoranas supo poner en jaque y abatir el indómito poder del extranjero.

Romanos son también los cimientos del fortísimo castillo que vino a ser como el pétreo broche de la muralla, del admirable cinturón de piedra que defendía a la plaza codiciada siempre. Los árabes tuvieron buena prueba del temple de la muralla y de las admirables defensas estratégicas que la completaban.

Hay en los archivos nacionales una crónica arábiga en que se relata la memorable *batalla del foso de Zamora*, en la que el cronista mahometano describe minuciosamente el horror de la jornada, en que los más lucidos muslimes de Abderramán, cegando con sus cuerpos yacentes los fosos del castillo, dieron paso a las huestes de la media luna, que por primera vez entraban en la plaza.

La dominación fué bien efímera, que no era empresa fácil domeñar tan recia fortaleza. Y más tarde, comprendiéndolo así aquel capitán mahometano, *el rayo de la guerra*, el más formidable caudillo que tuvieron los árabes, llamado Almanzor (el Mansur), esto es, *el Victorioso,* al reconquistar la plaza, devastó sus muros, derribó sus torreones, arrasó en lo posible aquel invulnerable baluarte, contra el que siempre se estrellaban los esfuerzos guerreros.

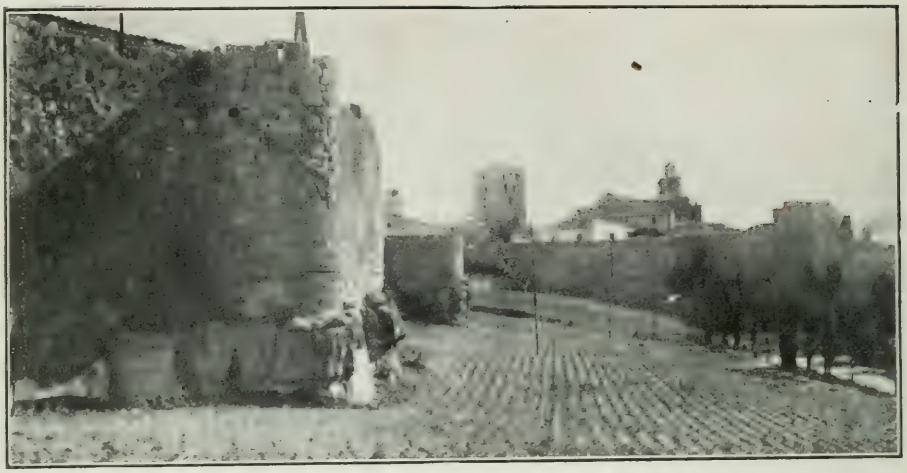
Pero luego llegó la esplendidez, la generosidad, el talento de Fernando I *el Magno*, y la plaza quedó restaurada, aun con mayores garantías para la resistencia. Lo demostró bien pronto.

Muerto apenas el mencionado monarca, surgieron muy serios disgustos entre sus hijos, por haber distribuído el reino entre ellos su augusto padre. A doña Urraca tocóle en suerte el de Zamora, y su señor hermano, D. Sancho II *el Fuerte*, quiso despojarla de esta herencia, como ya hemos dicho en un artículo anterior.

No se avinieron los zamoranos a tal injusticia, y comenzó el sitio de la ciudad, luego que comprobaron los sitiadores lo imposible de tomarla por asalto, y entonces surgió la frase popular de *no se ganó Zamora en una hora.* No; siete meses duró el cerco de la plaza, que costó la vida a Sancho II, sin lograr entrar en ella, como ya sabemos.

La frase, que nació en el año 1072, tiene nueve siglos de existencia y de popularidad, unida a uno de los hechos más salientes de nuestra historia, lo que pone de manifiesto el temple de aquellas almas de piedra y de aquella piedra que parecía tener un alma indestructible e invicta.

Tres siglos más tarde vuelve a brotar la epopeya entre esas piedras milenarias y venerables. Muerto D. Pedro I de Castilla, el de Trastamara va poco a poco reduciendo las resistencias, domeñando las rebeldías y adueñándose de hecho del reino de su hermano. Pero con Zamora no rige el mismo feliz resultado... Ni los halagos



Detalle de las murallas.

ni las dádivas de aquel monarca, que por sus desprendimientos fué llamado *el de las mercedes,* fueron bastante a quebrantar la lealtad jurada al verdadero monarca castellano, y Zamora continuaba ondeando su pendón por D. Pedro I.

Varios años aguantó D. Enrique la resistencia, hasta que, al fin, creyendo ya la ocasión propicia, se dirigió, bien acompañado, sobre Zamora. Y si la traición del arcediano D. Pedro Tenorio no le franquea la entrada en la plaza, acaso no hubiese tenido mejor éxito que su antecesor Sancho II.

Y aun esto se consiguió cuando ya en la ciudad se enseñoreaban el hambre y la peste y había sido apresado el valiente y leal Ferrán Alfonso, jefe de los sitiados, en una salida que hizo para conquistar aprovisionamientos.

Así que entraron las huestes de Trastamara, corrieron a encerrarse en el castillo buen golpe de soldados y de caballeros de cuenta, acaudillados por el alcaide de la fortaleza, D. Alonso de Tejeda, maestre de Santiago y decidido defensor del monarca asesinado en Montiel.

Desde esas almenas del castillo estuvo Tejeda presenciando la muerte de sus tres hijos, sacrificados por no deponer las banderas de oposición. Fué un hecho semejante al de Guzmán *el Bueno,*

pero tres veces más doloroso, más heroico... Faltóle a Tejeda el deslumbrador efecto de la frase: *Si no teneis puñal con que matar a mi hijo, ahí va el mío;* pero el esfuerzo fué mayor, el sacrificio más grande

Diéronle desde fuera grandes voces para que se asomase, y le mostraron las tres tiernas criaturas, amenazándole con matarlas en el acto si no rendía el baluarte... Y sus ojos se enrojecieron con la visión de la sangre filial, y ese enrojecimiento de sus ojos doloridos fué todo coraje en el corazón.

Ya no había vida posible en el castillo: faltaban la salud y las vituallas. Pero no se rindió. Una noche, burlando la estrecha vigilancia del de Trastamara, salieron los pocos que quedaban vivos en la fortaleza, llevando con ellos las banderas de D. Pedro I y ganando la frontera se internaron en Portugal

Los cadáveres de las tres inocentes víctimas fueron más tarde enterrados en la iglesia de San Francisco, de Salamanca, lugar del nacimiento de Tejeda. En ese mismo sepulcro fué su propio cuerpo inhumado, y una detallada inscripción mortuoria recordó por mucho tiempo esta memorable hazaña, que no ha pasado a la historia con toda la gloriosa popularidad que merece.

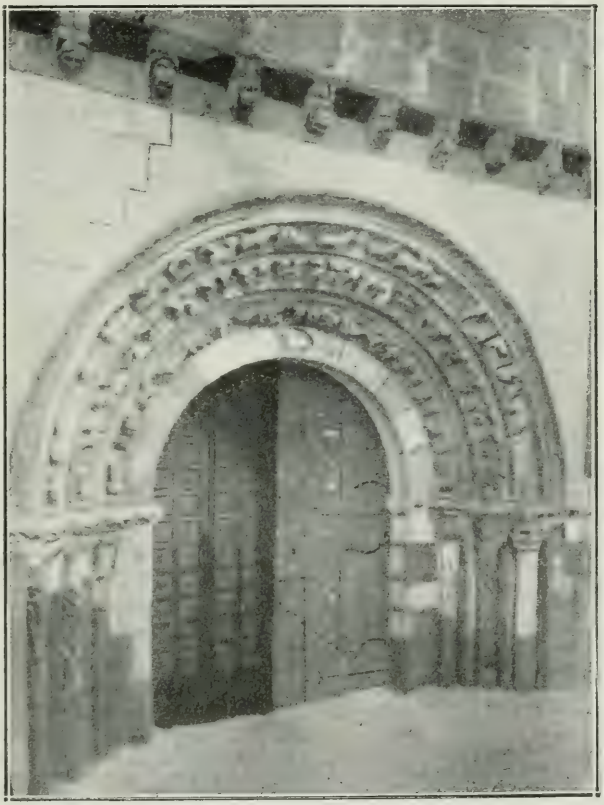
Pero ahí está en pie, proclamando su lealtad y su heroísmo, el histórico baluarte zamorano. Sus piedras se yerguen con la gallardía de tanta grandeza pasada, desafiando el transcurso de los años que, como el brío del enemigo, se estrella en la fortaleza de su resistencia. Ya no ondean los regios pendones castellanos; ya no suenan los estridentes clarines ni los roncos atambores; no se escucha el bronco choque de las bélicas armas, ni por sus aspilleras asoman las ballestas y los arcabuces; mohosas están las cadenas de su puente levadizo, y casi cegados sus amplios fosos, tumba de tantos valientes; florecen las ortigas en su patio de armas y desportillados están sus calabozos...

¡Pero ved todavía, con la misma gentileza de antaño, el arrogante orgullo de su torre del homenaje, que tiene por campo azur el mismo cielo que vió sus pasadas grandezas, y no las olvida, como los pueblos su historia!

San Claudio de Olivares

La iglesia parroquial de San Claudio, situada a la margen derecha del Duero, en el barrio de Olivares, es una de las construcciones más antiguas de Zamora. Se la supone edificada en tiempos de Fernando I, *el Magno,* aunque, a juzgar por algunos detalles arquitectónicos, muestra el sello característico de las construcciones del siglo X, en la evolución del estilo visigodo al románicobizantino.

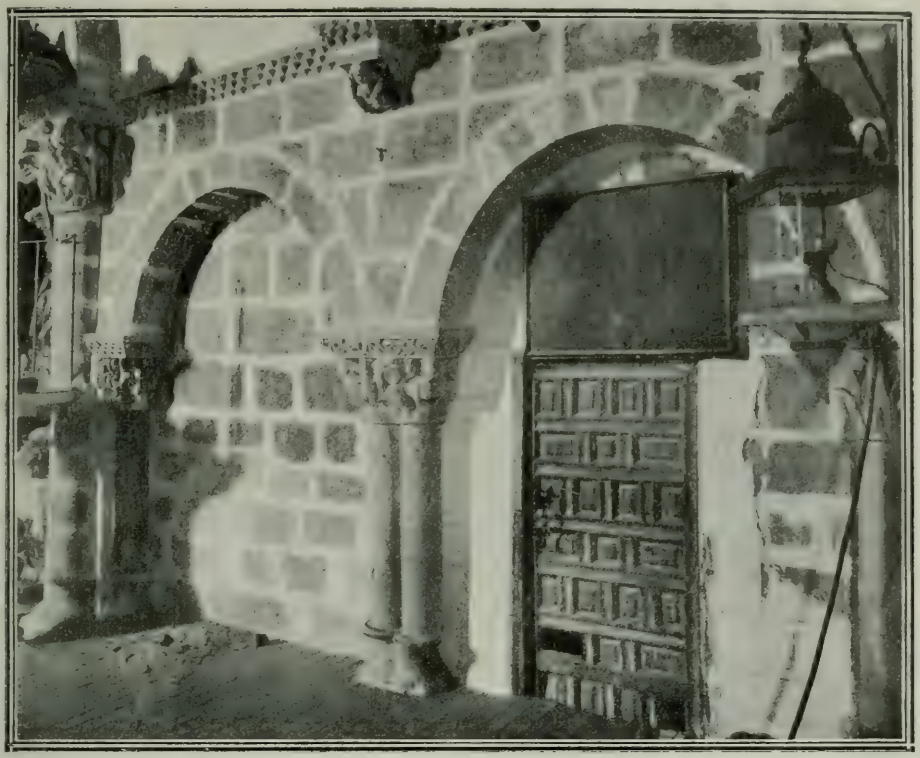
Debió, pues, edificarse en aquel período milenario, en medio de la pavorosa inquietud—muy generalizada—que suponía que al terminar el año mil del cristianismo sobrevendría el apocalíptico final del mundo.



Portada de San Claudio.

Sólo una puerta de ingreso tiene, severa y robusta, pero sin dureza. No presenta al exterior otros adornos que los canecillos que sostienen la imposta ajedrezada y las toscas labores de la portada, pues su ábside semicircular carece de ventanas.

Su fachada es completamente lisa; sólo presenta un cuerpo saliente en el centro, que se ve atajado a poca altura-

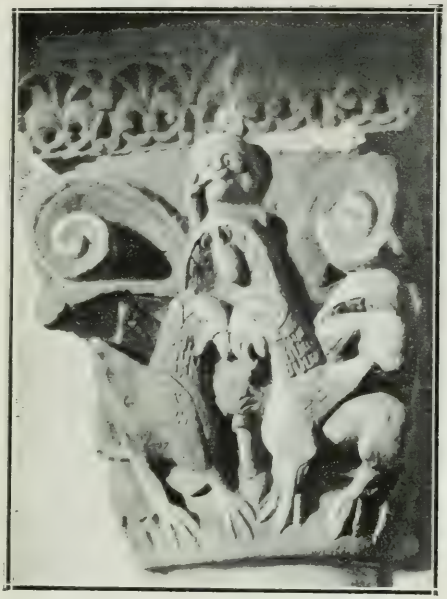


Vista interior del ábside de San Claudio.

por un entablamento sostenido en canecillos. En el espesor de este cuerpo aparece la portada, compuesta de varios arcos concéntricos que se sostienen en columnas bajas, unas torsas y otras estriadas.

Aunque algo toscas las labores con que están exornados los arcos—la mayoría compuesta de hojarasca—, merecen, sin embargo, especial atención las del primero, que representan los pasajes más notables del Antiguo Testamento, mutiladas por el tiempo y semienterradas por el encalado. El último de los arcos está adornado con los principales animales de la creación, y en la clave del arco de ingreso, del que está ya abierto sobre el mismo muro, aparece, como presidiéndolos todos, el dulce cordero bíblico.

También es muy sencilla la cornisa que corona el edificio y recorre su ábside semicircular; se compone de una simple imposta



Un capitel de San Claudio.

ajedrezada, apoyada en canecillos con bajorrelieves de figuras fantásticas y grotescas.

El interior de la iglesia es más notable. A la mezquina luz que penetra por unas hendeduras abiertas en el muro, en forma de aspilleras, el templo tiene un aspecto misterioso y evocador, muy elocuente en recuerdos del pasado histórico. Las pocas personas que visitan la iglesia las escasas veces que ya se abre al culto, no son bastante a quitarle nada de su carácter arcaico. Son, por lo regular, mujerucas de aquella barriada ribereña del Duero, cuya indumentaria ha variado bien poco a través de los siglos. Y la contemplación no sufre la perspectiva anacrónica que sufre en los templos de la capital.

La cubierta de San Claudio es de madera, sin más bóveda que la del ábside, que, en forma de cascarón, viene a apoyarse en el arco toral, compuesto de segmentos de círculo y sostenido por dos altas columnas con preciosos capiteles, de los cuales hablaremos después. En los muros laterales del ábside hay dos órdenes de arcadas simuladas que descansan en gruesas y cortas columnas, cuyos capiteles están también exornados con primorosas labores.

San Claudio es muy poco conocido; apenas si figura en algún catálogo profesional, y es raro el turista o el aficionado que lo visita, ya sea por las escasas noticias que de él se dan, ya por lo apartado y escondido que se encuentra. Y, sin embargo, es de los mejores ejemplares que la comarca guarda. Además de su valor arquitectónico, tiene el valor de su perfecto estado de conservación, pues, como la Magdalena, es de las poquísimas construcciones que la posteridad nos ha legado sin adulteración. Sólo el jalbegue, del que no se ha librado ningún edificio, lo ha embadurnado en algunos

sitios; pero la fábrica se mantiene incólume para dejarnos un exacto modelo de transición del visigodo al románicobizantino.

Un capitel de San Claudio.

En lo que este templo nos muestra un arte meritísimo es en el labrado de los capiteles. Parece como si todo él hubiese sido hecho para engastar esas pequeñas esculturas, lo mismo que se hace con las piedras preciosas en las alhajas.

He observado que el artífice o artífices que dirigieron la construcción, o se encargaron de su adorno, tuvieron muy en cuenta la armonía en la decoración. Así como en la portada todas las figuras pertenecen a un orden bíblico, en los capiteles pertenecen a un sentido pagano. Y este es un detalle muy raro, porque en los demás templos todos estos bajorrelieves están hechos sin concierto, atendiendo sólo al servicio decorativo.

De estos capiteles, los más notables, para mi gusto, son: el de los centauros, un poco mutilado, y el de Prometeo, una verdadera maravilla de expresión y de sentido decorativo, de los cuales he hecho impresionar las fotografías que acompañan a este artículo.

Pero, en realidad, todos los capiteles de San Claudio de Olivares son merit'simos, dignos de figurar entre los mejores de su época, y fuente preciosa de enseñanza para los artistas decoradores. En una de las columnas en que se apoyan las arcadas simuladas del ábside hay, sobre las figuras, a manera de friso, un enlace de sierpes, que es lo más elegante, razonado y sencillo que se ha esculpido estilizando este reptil, agorero hoy, mágico y sagrado en otras épocas.

En estas figuras hay una porción curiosa de cosas dignas de estudio que nos pone en conocimiento de cómo entendían algunos detalles escultóricos aquellos artistas notables; pero esto lo dejo a

Un capitel de San Claudio.

placer del que le guste o le interese, porque, sobre no ser éste el propósito de mi trabajo, los grabados que a costa de tantas molestias se han podido lograr ya bastan para este objeto.

Este templo debió de presenciar alguna de las devastadoras invasiones árabes, ya cuando la hueste sarracena hacía los ultimos esfuerzos por tierras castellanas; y si se libró de la destrucción fué porque, además de que el Profeta predicó el respeto a las demás religiones, su emplazamiento le ponía en un lugar oculto y seguro.

Ha perdido el espeso ramaje de los olivares que lo resguardaban en una fresca y verde penumbra, y sólo le queda el constante arrullo de las bravías aguas del Duero que por Oriente corren hacia el mar, atravesando la frontera portuguesa y cantándole el poema de las pasadas grandezas, muertas ya en toda esta humilde comarca.

Santa María de la Horta

Una de las más interesantes construcciones románicas del siglo XII que se conservan en la capital zamorense, es la iglesia de los Caballeros Templarios, denominada Santa María de la *Horta,* voz que debe de significar *huerta*, a juzgar por el sitio en que se halla emplazado el templo, rodeado en otra época de productivas tierras de labranza, que se alimentaban con las opulentas aguas del Duero, situado junto a ellas.

En el año 1310, por toda la nación entera, y particularmente en esta comarca, había ya tomado carácter popular la zumbadora amenaza que se cernía sobre la importante y poderosa orden de los Templarios. Sin tener en cuenta los heroicos servicios prestados a la religión y a la patria por estos caballeros, sin duda por el temor o la envidia que producían su poderío y sus riquezas, de todas partes se les acusaba de herejías y crueles maldades, sin que, en realidad, existiesen pruebas para semejantes acusaciones.

Puerta de Santa María de la Horta.

Pero el airado clamoreo amenazaba con graves caracteres de motín, y entonces el Papa Clemente ordenó que se hiciesen detenidas informaciones de

estas denuncias y se les juzgase en concilios provinciales. Esta disposición pontificia se leyó en el coro de la catedral zamorana el 19 de Abril de aquel mismo año, requiriendo a los maestres bailíos de la comarca.

Poco después, en Salamanca, se celebró el concilio que había de juzgar y fallar este pleito, siendo el fallo favorable a los caballeros de la Orden, dándoles por libres de las acusaciones lanzadas sobre ellos; pero, sin embargo, el Pontífice revocó el decreto y dispuso que la Orden del Temple fuese disuelta. Así se conjuró la probabilidad de una revuelta que no tenía muy tranquilizadores presagios.

Extinta la institución, el rey D. Fernando IV se incautó de todas sus valiosas pertenencias, así como de los doce conventos que los Templarios poseían en España y las veinticuatro bailías que tenían en Castilla, devolviendo algunas de ellas a la Orden de San Juan de Jerusalén, en que se refundió la del Temple luego de algunos años.

Detalle de un capitel.

En la magnífica torre de esta iglesia se conservaba el más rico e importante archivo que se pueda imaginar, pues de sobra son conocidas la sabiduría y nobleza de todos los caballeros que constituían esta institución. La amplia y elevada torre—campanario y fortaleza a un mismo tiempo, como todas las de su época—guardaba incalculable número de curiosos legajos y valiosísimos códices, que unos fueron trasladados al Archivo de Simancas, otros a la Biblioteca Nacional y otros se perdieron en una tremenda avenida del Duero

que penetró hasta muy arriba de la torre. Algunos desperfectos causó esta crecida del Duero, especialmente en la torre, más fácil de quebrantar por su forma; pero, prescindiendo de pequeños detalles, toda la construcción se ha conservado mejor que la mayoría de las de su época.

La nave tiene los tramos cubiertos con bóvedas de crucería de lo más primitivo; el arco toral es de los de herradura, sobre columnas que tienen su nacimiento en ménsulas; tiene también un tramo recto con medio cañón y el ábside semicircular con bóveda de horno. Este ábside—que es de lo más esbelto de la época—está exornado con una buena cornisa, luce tres ventanas primorosas y tiene también algunos nichos.

Como buen edificio románico, no faltan en él los notables ejemplares de puertas bellísimas, en que el arte puso su más detenido cuidado y su mejor esfuerzo. Santa María de la Horta tiene tres: la principal es abocinada, con dientes de sierra, puntas de diamante y flores, y las laterales son muy semejantes, aunque la distribución decorativa varía un poco.

Exterior e interiormente, hay muy bellos capiteles historiados, sobresaliendo los de las columnas de las puertas, de los cuales ofrezco un detalle fotográfico para que pueda apreciarse mejor el mérito de ellos.

Los motivos ornamentales de estos capiteles pertenecen a la característica cepa románica. Son los animales fabulosos, cuadrúpedos alados con garras de león y pico de águila; cabezas humanas, grotescas y deformadas, con un gesto simplícisimo en el semblante, pupilas convexas y labios abultados.

No se ha librado tampoco este templo del jalbegue embadurnador que cegó las más bellas labores de esta clase de construcciones, pero luego fueron picadas algunas partes y descubiertos otra vez estos bordados de piedra.

Hay una parte interesantísima en esta iglesia que permanece oculta a las miradas profanas, y que sólo el profesional puede descubrir: me refiero al altar mayor. El ara de piedra—que sirvió para los primeros sacrificios—aun se conserva tras la madera y el paño que luego pusieron los sucesivos oficiantes. Es una magnífica pie-

dra, toda ella labrada en su testero principal con arquitos peraltados y esbeltas columnitas, ya algo posteriores a la estructura dominante en todo lo demás del templo.

No hace muchos años, la parte exterior que mira hacia el río, estaba oculta por una pared mural. Al hacer unas reformas se derribó parte de ella, y entonces apareció todo ese lado, en el que se halló una puerta, varias ventanas y algunas sepulturas.

En la última parte de la derecha—según mira el espectador ese lado descubierto—se ve también el tejadillo semicircular del bellísimo ábside, que está completamente enterrado por otra pared que no se llegó a derribar, privando al edificio de este importantísimo detalle.

La torre es cuadrada, esbelto y varonil ejemplar de su estilo, con preciosas ventanas, que tienen arcos de medio punto—un poco levantados—sobre columnitas lisas. La última parte de esta mole granítica no ha llegado entera hasta nosotros, pues sobre las ventanas cuadradas que hoy asoman en lo más alto aun falta la pirámide pétrea que servía de techumbre y remate a esta clase de torres.

El último de los detalles descubiertos en esta edificación es una magnífica puerta, perfectamente conservada, que por recaer a un patinejo interior no es apreciada desde fuera, quedándose sin verla todo el que no conoce este descubrimiento.

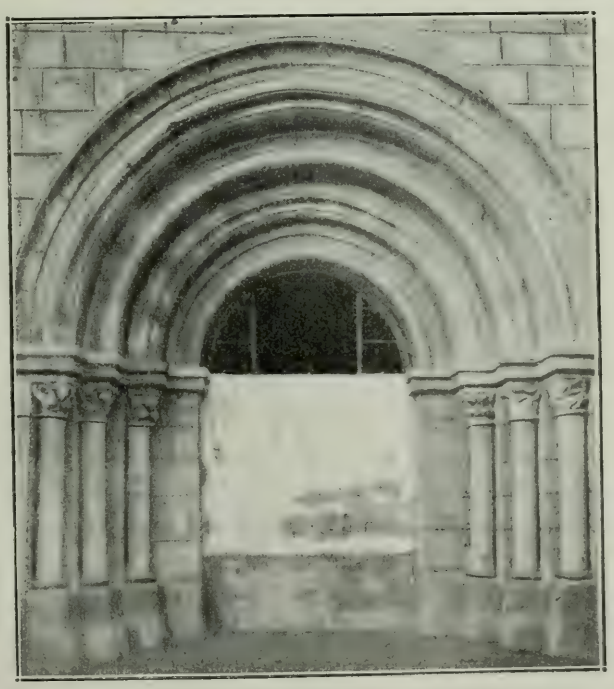
Aun podrían descubrirse otras cosas de curiosidad histórica y de indudable mérito artístico, que ayudarían al más completo estudio de la arquitectura cristiana en España; pero estas capitales antiguas, adonde casi no llega el acicate del estímulo estudioso ni las prosperidades de la actividad moderna, son pobres, muy pobres; no tienen más riqueza que restos del pasado, mudos para su rusticidad campesina, porque la piedra milenaria sólo guarda su elocuencia para el alma del artista o para el cerebro del investigador.

Sólo éstos, en su silenciosa y casi siempre ignorada contemplación, pueden experimentar el goce espiritual de los que saben sentir y meditar ante la belleza de las ruinas; porque de las piedras que ante sus ojos se hallan habrán de deducir el esfuerzo genial de los que en épocas remotas supieron dar forma y alcance al espíritu

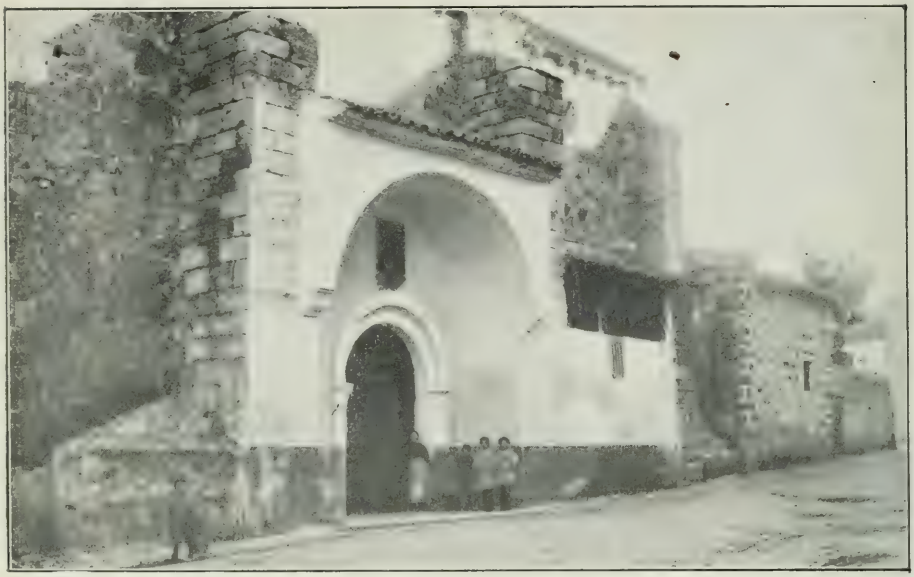
de la época en que vivieron y tan grandes y tan bellas creaciones realizaron.

La singular belleza del estilo románico tiene en nuestro país ostentosa representación. Fué ese estilo el más comúnmente preferido y el que dominó en los siglos XI y XII y en parte del siglo XIII en toda la Europa occidental y en sus artes cristianas. Mas al mediar el siglo XII venciólo el arte gótico, el que quedó adoptado por su carácter elevado y solemne por casi toda Europa de Occidente, y el que ya en lo sucesivo dominó hasta finalizar el siglo XV, y en no pocos países hasta muy avanzado el siglo XVI.

Ninguno como el arte gótico difundió en el orden arquitectónico su gran dominio. Las artes y las ciencias, la escultura, el dibujo y la pintura, las mismas artes gráficas experimentaron la influencia del estilo gótico.



Puerta de la Horta, descubierta hace pocos años.



SANTA MARIA LA NUEVA

EL MOTIN DE LA TRUCHA

Este hecho que voy a referir constituye una brava página de reivindicación popular, un sacudimiento tumultuoso y feroz del pueblo contra los privilegios y la tiranía de la aristocracia reinante en la Edad Media. Fué de los primeros que los anales de nuestra historia registra, y fué el de más amplia y trascendente solidaridad.

En el año 1168, uno de los muchos privilegios de que gozaba la nobleza zamorense era el de la prioridad sobre el estado llano para avituallarse en los mercados de la ciudad, hasta el extremo que se fijó una hora, antes de la cual los pecheros y la plebe no podían abastecerse, para dar lugar a que lo hicieran los criados de los nobles.

A pesar de esto, el despensero del regidor Gómez Alvarez de Vizcaya, remolón y perezoso, llegó un día tarde al mercado, no hallando pieza mejor con que regalar a su señor y amo que una magnífica trucha sanabresa, que ya tenía contratada el hijo de un zapatero.

Quiso adquirirla el criado; sobre el precio convenido, adujo el

despensero el derecho de su señor; pero el mercader se negó a darle el pescado por estar ya cerrado el trato con el plebeyo. Disputaron; desbordóse la ira de los competidores, y pronto se formaron dos bandos que, en defensa de los derechos del uno y del otro, llegaron de las palabras a las manos, yendo la trucha a parar a casa del zapatero y a la cárcel del concejo muchos del común de la ciudad.

Gómez Alvarez de Vizcaya, juzgando que en la persona de su despensero se había ultrajado y pospuesto a todos los individuos de la nobleza a que él pertenecía, convocó a sus cofrades a reunirse en la iglesia de Santa María la Nueva—entonces de Nuestra Señora de la Misericordia—, templo de los hijosdalgo, y allí concertaron, muy irascibles, tomar estrecha y pronta venganza de los plebeyos que habían avasallado sus derechos.

Sabedores de esto los del común de la ciudad, conocedores de lo bien y diligentemente que la nobleza realizaba lo que prometía, y viéndose en tan gran número culpados, decidieron estorbar los fines que los magnates y autoridades se proponían.

Estalló el movimiento de solidaridad y la indignación juntamente; llegaron al templo en donde los nobles se hallaban disponiendo de sus vidas y haciendas, lo sitiaron, comenzaron a rodearlo de leña y le prendieron fuego.

Tal era la cantidad de combustible acarreado, que la salida del templo se hizo imposible. Pero viendo los amotinados que aquello no era bastante, porque se consumiría la leña sin devastar los fortísimos muros de sillería, comenzaron a lanzar las ardientes maderas por las tres puertas que la iglesia tenía y por la techumbre, que pronto se vino abajo.

Todo el terrible y noble congreso pereció allí abrasado; ni uno solo pudo salvarse, que cuando alguien, saliendo por las puertas pretendía atravesar la muralla de fuego, allí estaban los amotinados para acabar con él.

Y en tan terrible circunstancia, cuenta la tradición que se operó un portentoso milagro. Las divinas formas que se guardaban en el Sagrario, por una resquebrajadura de la piedra salieron huyendo y se refugiaron en la iglesia de las Dueñas. Cerca del púlpito, a muy

Detalle del notabilísimo ábside de Santa María la Nueva.

poca altura del suelo, una cavidad renegrida, una pequeña reja y una lámpara siempre luciente recuerdan aún este milagro y el lugar en donde se verificó.

Como era consiguiente, no podía el estado llano esperar con gran tranquilidad las consecuencias de motín tan desaforado, y, para ponerse en seguro, aparejaron sus carros, sus carretas y sus caballerías, cargaron cuanto les fué posible de sus haciendas y emprendieron el éxodo hacia Portugal en número de más de siete mil almas, entre hombres, mujeres y niños.

Una vez en el vecino reino, mandaron mensajes al rey, que lo era entonces el monarca leonés D. Fernando II, pidiéndole perdón para regresar y advirtiéndole que, caso de negarlo, se establecerían definitivamente en tierra portuguesa.

Hallóse D. Fernando con la ciudad completamente despoblada; y como esto no convenía a sus estados, para no añadir mal sobre mal, de acuerdo con su Consejo, los perdonó, con la condición de que se dirigiesen, en demanda de la misma gracia, al Sumo Pontífice Alejandro III, que ocupaba la Sede pontificia.

Del mismo modo que el monarca procedió el Papa, imponién-

doles la penitencia de restaurar el templo y construir para él un retablo mayor que substituyese al destruído por el incendio.

Alejandro III, en esta orden penitenciaria, fijaba la cantidad de oro y plata y el número de piedras preciosas que debían invertirse en este retablo, como asimismo el croquis general con el dibujo y las figuras que había de llevar la obra.

No hay noticias de que este retablo llegase a hacerse, cosa bien extraña por cierto. Y por esta extrañeza y por la semejanza que existe entre la custodia que conserva la catedral zamorana y el retablo que el común de la ciudad prometió costear para la iglesia incendiada, algunos historiadores han supuesto que la magnífica y valiosa custodia fué el producto de aquella cuestación popular, pues aunque esta última obra es de una época posterior, los cronistas han deducido que suma tan importante no la pudo reunir el estado llano sino a través de mucho tiempo.

Rebatiendo esta posibilidad, un señor, incógnito para mí, dirigió una carta al director de *La Esfera*—en donde apareció este artículo—asegurando que la custodia se hizo con los fondos del cabildo, que su autor fué probablemente un orfebre zamorano y que la propia obra tiene alrededor de la mesa del viril una inscripción gótica que así lo pregona.

Por las dificultades que se han opuesto a mi investigación, me ha sido imposible comprobar esta noticia antes de la publicación del presente libro. Aquí la expongo, sin embargo, porque la creo de gran interés, y para demostrar a mi incógnito detractor cómo pago yo su sobra de insidia para conmigo.

Como véis por la fecha del incendio, la iglesia es una de las más antiguas de Zamora y uno de los mejores ejemplares del romano bizantino, remontándose su primitiva construcción al siglo VII.

Su ábside es uno de los más bellos y puros de su estilo que, desgraciadamente, hoy aparece mutilado por el camarín que en él se construyó. El arco de su portada principal, con sus columnas y sus capiteles horriblemente maltratados, conservan los vestigios del arte puro de la época en que se construyó el templo.

Destruídos por el incendio los tres cuerpos que componían el interior de esta iglesia, al reconstruirla quedó con sólo una nave

algo desproporcionada, sin que ofrezca ninguna particularidad interesante. La torre, en su primer cuerpo, sólido y cuadrado, conserva el aspecto de una fortaleza.

Hay en este templo una notable pila bautismal de la época bizantina, con figuras esculpidas en el exterior de la taza, que merece fijar en ella la atención.

Aseguran algunos que esta iglesia llevó también el nombre de San Román, y que en la invasión mahometana era la mayor iglesia que en Zamora existía, y tenía canónigos.

Le ha dado también una gran importancia a este templo el archivo del Estado de hijosdalgo de la ciudad de Zamora, componiéndole más de cincuenta legajos, con multitud de provisiones de reyes, cartas ejecutorias, autos y acuerdos de la ciudad y del novel Estado, pragmáticas, procesos, pleitos, etc., a contar desde el año 1380.

La Catedral

I

En dos artículos he de dividir la descripción del templo mayor de Zamora, por ser dos las épocas más interesantes que han dejado allí los primores de su labor. En realidad son tres los períodos de reconstrucción; pero del último, elaborado durante el reinado de Felipe III, no pienso ocuparme, porque carece de importancia arqueológica. Su arquitecto, discípulo de Herrera, al encargarse de reedificar la puerta del norte y el claustro, luego del incendio que los destruyó, no hizo más que imitar la tracería predominante en El Escorial, pero, naturalmente, sin la suntuosidad y magnificencia del gran monasterio.

Vista de la Catedral por el lado de la torre.

Un trágico sino de devastación y de incendio ha regido la historia de la basílica zamorana. Se ignora desde qué remotos tiempos existía, en el propio solar en que se halla la catedral, un templo

bajo la advocación del Salvador, templo que destruyeron las feroces huestes de Almanzor en el siglo IX, en la invasión que realizaron por tierras castellanas y leonesas.

Luego, reinando Alfonso VII, *el Emperador*, bajo su patronato y el de su hermana doña Sancha, se edificó el templo que hoy existe sobre las ruinas del que destruyó el caudillo mahometano. Veintitrés años duraron las obras de la basílica, y poco tiempo después de su consagración un incendio destruyó el claustro y las celdas en que vivían los capitulares como regulares de San Benito, según la introducción que de esta regla se hizo para los canónigos de la nueva catedral.

Alfonso IX otorgó cuantiosos bienes para la reconstrucción de lo incendiado.

Durante tres siglos nada acontece en esta basílica digno de mención, pero en los últimos años del siglo XV, durante el pontificado del sabio y generoso prelado D. Diego Meléndez Valdés, se llevaron a cabo todas las obras que hoy existen de aquella época, y las cuales serán el motivo del siguiente artículo.

Antes de terminarse aquel siglo, otro incendio destruyó el magnífico claustro bizantino y las sepulturas que en él había, sepulturas de insignes varones, entre las cuales descollaba la de Arias Gonzalo y sus hijos. Fué entonces cuando también se incendió el archivo, desapareciendo valiosos documentos, muy echados de menos por cuantos nos hemos preocupado del estudio de este templo.

Para restaurar tan grande destrucción, se hicieron en el reinado de Felipe III las obras a que antes hice mención, y de entonces acá ningún otro desastre se ha cebado en esta notable basílica, denominada *la perla del siglo XII* por el erudito Cuadrado.

En realidad, no creo que haya en España—y aun fuera de España—otro ejemplar mejor del arte bizantino en su último período.

Todo él tiene los típicos caracteres de ese momento tan discutido y tan dudoso, cuando el románico-bizantino llega a su más alta perfección y deja entrever los gérmenes de lo que luego fué arte ojival; esto es, toda la majestuosa seriedad románica aligerada y embellecida por los primeros y femeninos rasgos ojivales.

De una magnificencia suntuosa es el interior de esta basílica,

compuesta de tres naves espaciosas, más alta la central que las laterales, en donde se abren los arcos formeros que indican el punto culminante de la transición del románico al ojival, sostenidos por haces de esbeltas columnas, apoyados en zócalos rectangulares y que tienen sencillos capiteles almenados.

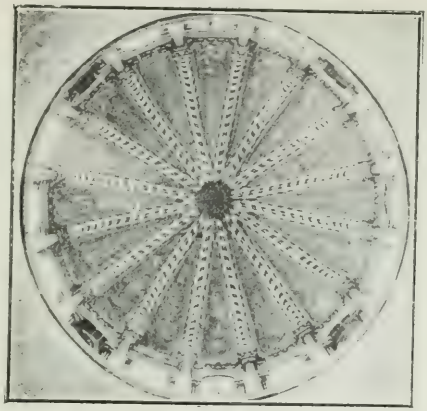
Los arcos torales son soberbios, elegantes y finos de líneas, correctísimos de dibujo y dentro del más puro arte. Pertenecen a los llamados de *punta de lanza,* y cuanto se diga de su valentía es poco.

Detalle del interior de la Catedral.

Sobre el crucero, recibida por estos cuatro arcos torales, se eleva la maravillosa cúpula, el detalle más admirable de toda esta gran obra, asombro de los técnicos y de los amadores de este arte. Renuncio a una descripción perfectamente arquitectónica, porque esto sería prolijo e inadecuado a la índole de este libro, pero no renuncio a transcribir el elogio lírico que de estas obras hace Caveda, y el cual dice:

"... el genio, mejor que comprender en una frase o encerrar en renglones de catorce sílabas sus propios conceptos, los confía a las arcadas ojivales, a las augustas y silenciosas naves del Santuario, a las osadas y altísimas agujas, donde el cincel y el compás pueden, sobre bastas moles de mármol, expresar el arrojo y toda la originalidad de sus concepciones, el espíritu del pueblo que las demanda y cuanto su civilización ha producido de más poético y grandioso!„

En lo más alto del cascarón, un broche recibe y reúne los diez y seis nervios que lo forman y que parten de otras tantas columnas de fuertes estrías y floreados capiteles, en cuyos huecos se abre otro número igual de preciosas ventanillas, de las cuales cuatro están formadas por tres archivoltas cada una.



Vista interior de la cúpula.

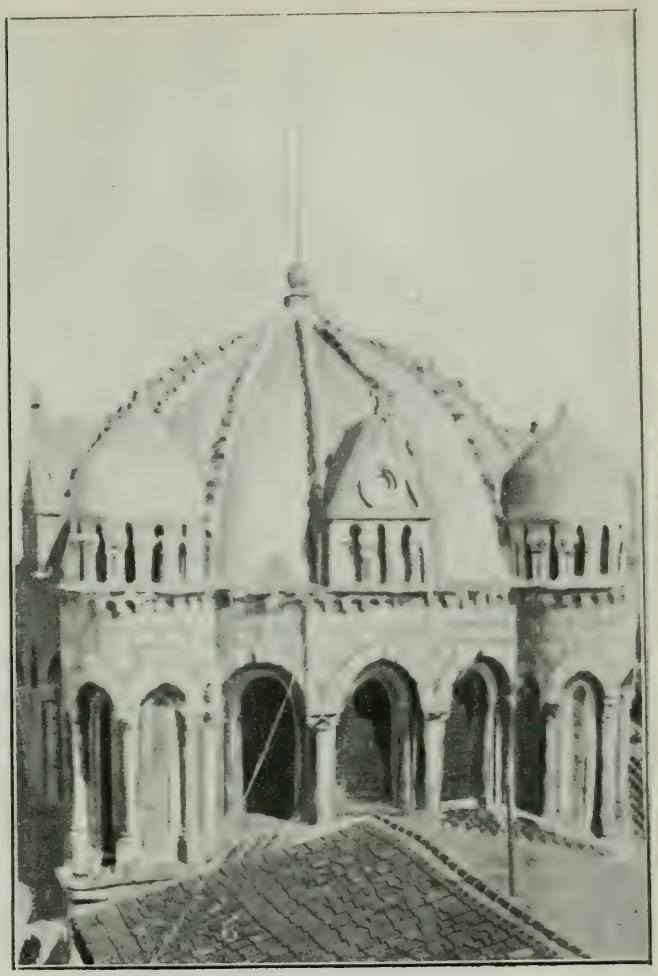
Pero aun es mayor la belleza de esta cúpula examinada desde el exterior. Su concreto y elegante sello oriental la da una belleza femenina incomparable. Los técnicos que de ella se ocuparon aseguran que sólo la de Santa Sofía puede compararse con este hermoso ejemplar; y realmente, vista desde la torre-campanario, teniendo por fondo las riberas del caudaloso Duero, parece que se halla el espectador transportado a las márgenes del Bósforo.

Yo he querido sacar una fotografía de esta bella visión que recibí, para que pueda apreciarse la semejanza, y la cual es la que va estampada en la cubierta de este libro.

Las cuatro gentilísimas copulillas que se asientan sobre los castilletes o cubos, con sus preciosas ventanas y sus columnas lisas de ricos capiteles; las cuatro espadañas que nacen también de la imposta amparada de canecillos que circunda todo el cimborrio, con sus arquitos orientales y triangulares frontones perforados por trilobulados ojos de buey; las ocho escamosas nervaturas que cruzan el domo central de abajo a arriba, uniéndose en la cúspide con un tosco pellón sobre el que se yergue la veleta, forman un conjunto de belleza incomparable que trae a la memoria la voluptuosa y femenina fantasía de los artistas orientales.

Hay un pícaro detalle que para los inteligentes les resta una pequeña parte de la clásica belleza bizantina. También las techumbres de las copulillas, como la de los frontones de las espadañas y las del domo, están embadurnadas con una capa de cal que ciega la típica escamosidad con que adornaban los artistas bizantinos las curvas superficies exteriores. Dicen que, con el trascurso del tiempo, llegó el agua pluvial a filtrarse por esta imbricación escamosa, y entonces hubo que evitarlo con esa capa encalada... Otros medios hay para lograr el mismo propósito sin adulterar el efecto artístico, pero, por ignorancia o economía, no se emplearon.

Mientras esté en pie esta obra maestra, puede restituirsele ese detalle que se le ha escamoteado; pero, seguramente, que estará condenada así para siempre, y es una verdadera lástima.



La bellísima cúpula bizantina de la Catedral.

De las tres puertas que tenía este templo, como todos los de su época, dos han desaparecido: la del norte se incendió, como ya os he dicho; la principal, la del mediodía, desapareció al construirse en su lugar la capilla llamada *del Cardenal;* sólo queda la del sur, que por estar frente al palacio episcopal se llama *del Obispo*.

El ilustre autor de *Recuerdos y bellezas de España* hace de ella una descripción tan exacta que, por no poderla superar, la copio:

"Vese allí—dice—sobre una escalinata, la puerta de plena cimbra, los cortos fustes cilíndricos; los capiteles de abultadas hojas, el cuádruple arquivolto decrecente, orlado de lóbulos y colgadizos, de cuya unión por extremos resultan círculos hondamente trepados. En los medios puntos de los colaterales, resaltados relieves; a la derecha, la Virgen con el Niño Jesús en su regazo y adorado por dos

La notable puerta de la Catedral, situada en el lado sur.

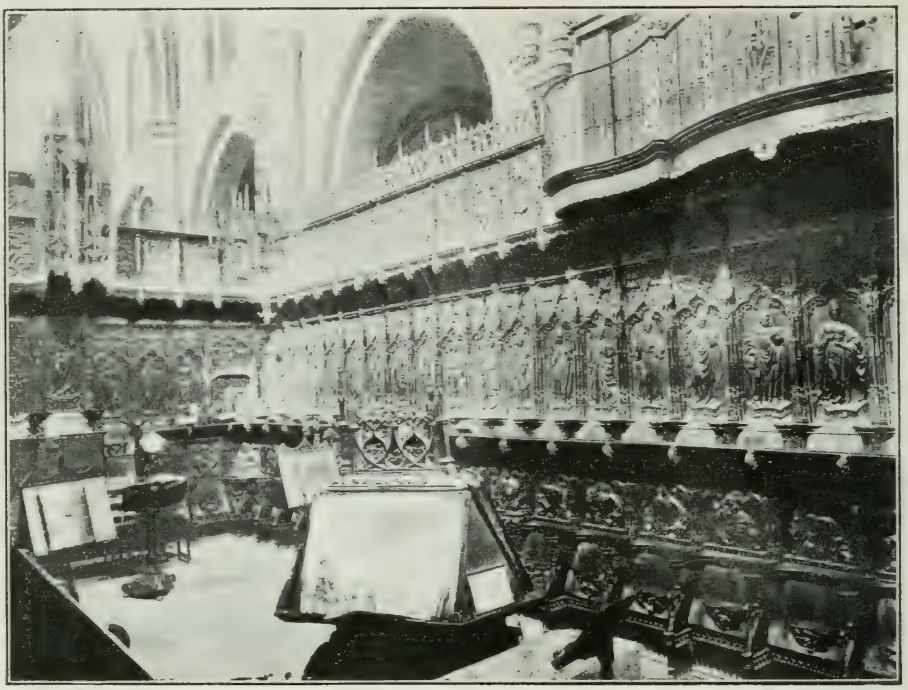
ángeles; a la izquierda, dos figuras que representan, sin duda, a dos apóstoles, según el nombre de *Paulus* que en el libro de uno se lee. En los vanos se notan, aunque bastante desgastados, dragones, flores y diversos caprichos en sendos casetones. Sobre dichos arcos se abre una estrella lobulada dentro de cuadrada moldura; sobre el ingreso corre una galería con cinco ventanas como las ya descritas. Encierra esta portada dos altas columnas de anchas estrías y capitel almenado, a cuya altura avanza la cornisa de arquería trilobada que continúa a lo largo de las naves, y en el remate se diseña, entre dos menores, un grande arco con una ventana en el centro.„

En todos los tratados de Arqueología y de Arquitectura se halla el elogio de esta magnífica puerta, y en el extranjero aun se la conoce más que en España, a pesar de ser escasísimas las reproducciones fotográficas que de ella se han hecho.

Completa la labor de lo que resta en la catedral del siglo XII la magnífica torre-fortaleza, emplazada en la parte oeste del monumento zamorano. Es de una gran robustez esta cuadrada mole pétrea, con resaltados machones en los ángulos como cubos rectangulares. Tiene tres series de arcos de medio punto, que arrancan de columnas cortas y lisas de gusto y de floreados capiteles, entre los cuales aparecen los broncíneos miriñaques de las campanas.

Ocupa este campanario la posición estratégica en que se emplazaban estas moles que habían de cooperar a la obra defensiva de las ciudades.

Desde este noble y vetusto torreón, es augusto el panorama que se divisa. A un lado, tiende el cielo su palio azul sobre la llanura parda de Castilla; al otro, serpentea el fragoroso Duero por entre la cortadura granítica de dos montañas; más allá se entrevé la patria del héroe regional, del invicto Viriato, arquetipo del guerrillero hispano, y más lejos, montes, cordilleras, nieblas opacas, y los confines de nuestro solar que se pierden en la frontera portuguesa.



La hermosa sillería del coro de la Catedral.

La Catedral

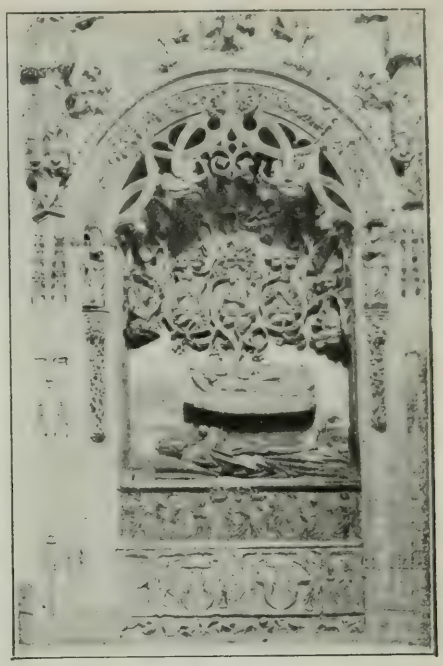
II

Como en mi anterior artículo advertí al ocuparme de lo que conserva la basílica zamorense relativo al siglo XII, también al dedicar una ojeada a las obras de finales del siglo XV y primeros del XVI que han llegado a nosotros, mi relato tiene que ser muy somero por las cualidades de vulgarización artística que tiene esta labor mía.

He de omitir una infinidad de detalles para fijar especialmente la atención en aquello que tiene un mérito más extraordinario.

En el advenimiento a la silla episcopal del generoso y sapientísimo prelado D. Diego Meléndez Valdés, se llevaron a cabo las nu-

merosas e importantes obras de la época a que me refiero, y las cuales tienen el más puro carácter del gótico florido, menos las últimas de ellas que ya ostentan ribetes del plateresco.



Sepulcro del Dr. Grado.

Se edificó la capilla mayor, que, a decir verdad, sólo son notables sus columnas y sus arcos ojivales, pues ni el retablo ni el mismo presbiterio, de planta semicircular, tienen gran mérito; se construyeron dos capillas: la llamada del Cardenal, en donde hay sepulturas de algún valor artístico, y la de San Juan Bautista, que ostenta el enterramiento del canónigo Grado, lleno de bordados pétreos, usanza de la época, y, entre otras obras que no es posible detallar, se llevó a fines felices el maravilloso coro, la obra más importante de aquella época, que se yergue en el centro de la basílica, como si toda ella fuese un estuche de piedra hecho para conservar la famosa joya de nogal, que será el objetivo principal de este trabajo.

Cada religión ha tenido un arte especialísimo que ha plasmado su espíritu de una manera definida y concreta; pero ninguna tan elocuente como la cristiana. El bizantino y el románico del último período fueron muy diestros preparadores de lo que luego había de ser definitivamente la exacta interpretación del cristianismo en el arte.

Realmente, el arte gótico es la cristalización artística del cristianismo; tiene su elevación mística, su litúrgica espiritualidad, y adquiere todo su rico y poético simbolismo con el renacimiento de la escultura, que durante toda la Edad Media había perdido su armonía anatómica con las más raras y arbitrarias deformaciones. La piedra y la madera no se labraron mejor jamás. El cincel y la gubia se

Detalle de una de las mensulillas que sostienen los asientos de las sillas del coro.

transformaron en mágicas agujas para bordar maravillosas filigranas sobre el granito y el nogal.

Los arcos, excesivamente peraltados, ponen una elevación mística sobre el arco de medio punto: son como unos párpados que levantan al infinito la mirada. Las recamadas umbelas tienen el recogimiento psíquico del arrobamiento piadoso, y las atrevidas y caladas agujas imitan bien el humo del incienso, el espíritu de la oración que se lanza a las regiones etéreas.

En este valioso momento artístico se dió a luz el notable coro de la basílica zamorense. Yo no puedo detenerme en la riqueza de sus numerosos detalles; no es labor que quepa en las dimensiones de un artículo.

Como en la mayoría de esta clase de obras, cuando a ellas se dedicaba toda la amplitud simbólica del rito cristiano, allí está representada desde la seducción de nuestros primeros padres por el reptil diabólico hasta la coronación de la Virgen, patrona de la iglesia, sin omitir la serie de patriarcas, profetas, apóstoles y mártires más significados. Puede decirse que aquello es una verdadera biblia escrita sobre el nogal.

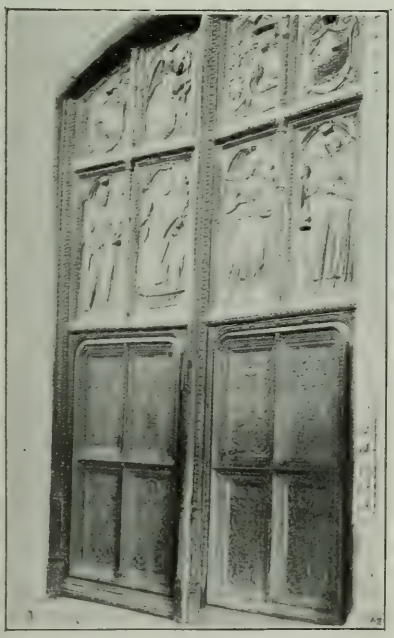
Puerta de la sacristía.

Unas ochenta sillas, aproximadamente, componen este maravilloso coro, en el que sobresalen

las emplazadas a los dos extremos primeros, bajo elegantes umbelas afiligranadas, y las del centro, mirando al altar mayor, destinadas al asiento episcopal. Son un alarde de valentía, de elegancia y de buen gusto.

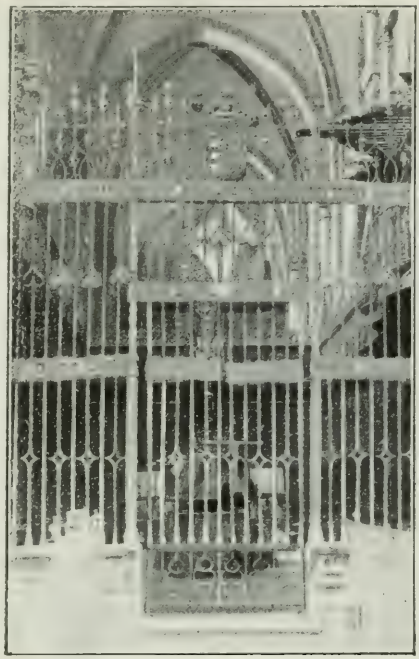
Detalle de otra de las mensulillas que sostienen los asientos de las sillas del coro.

Repartidas entre las columnas del coro alto, entre las del friso, en las barandillas de las cinco escalinatas que comunican la parte baja con la alta, en las celosías de las sillas primeras y en las puertas que dan acceso al coro, hay 192 estatuas, aparte de las numerosas tallas y la profusión de bajorrelieves con que está exornada esta notable obra. Y contad que aun tiene más méritos la parte que debemos llamar *exclusivamente decorativa*, en donde el estilo no llegó a más en ninguna otra obra semejante.



Puerta del claustro.

Aunque la escultura adolece, en general, del pecado de la época, esto es, poca riqueza anatómica e impropiedad en la indumentaria, hay, sin embargo, personajes justamente vestidos, aciertos completos de expresión y, sobre todo, un perfecto estudio de ropaje en las figuras ya influídas del Renacimiento florentino; porque hay que advertir que se nota muy a las claras la diversidad de artistas que en esta obra monumental tomaron parte durante los años que duró la construcción.



La primorosa cancela que cierra el coro.

Hay en esta magnífica obra una parte llena de ingenio, de sutileza y de humorismo, en la cual hasta la ejecución misma tiene la ligereza y la desenvoltura que necesitan su intención ensencialmente satírica. Corresponde a las *mensulillas* o *paciencias:* soportes sobre los que descansan los tableros que sirven de asientos. Son todas ellas escenas que vienen a substituir nuestras actuales caricaturas. Todas compiten en intención picaresca para que la cogulla no salga muy bien parada; pero, además, las hay de una intención tan atrevida, que algunos las han tachado de obscenas. Es tan frecuente esto en las obras de la época, a pesar del lugar sagrado a que se dedican, que no sorprende a los profesionales ni a los aficionados; pero el profano se llena de extrañeza ante rareza semejante.

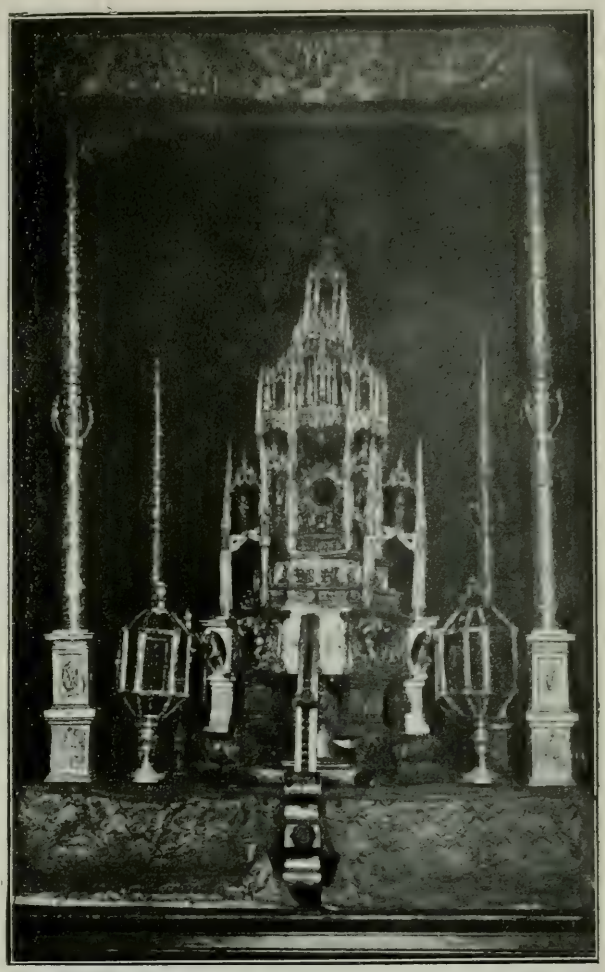
A consecuencia del incendio que destruyó el archivo, (en el cual debia constar quién fué el director o tracista de esta ohra) se ignora cuál fuera su nombre. El escritor a que en el prólogo aludí supone que debió de ser Rodrigo Alemán, por unos cuantos detalles muy dignos de tener en cuenta, pero que, a la postre, no pasan de ser una suposición.

Ya he dicho que no era posible tratar aquí con la detención necesaria de este magnífico coro; sólo para ayudar en algo a dar una idea de él, acompaño las fotografías aquí impresas, como único medio de popularizar esta joya gótica.

También de la misma época son las magníficas verjas que cierran el presbiterio y el coro, la puerta de la sacristía y la que da paso al claustro, aunque ésta ya del Renacimiento bien declarado. Sólo para encomiar cualquiera de estas rejas o de estas puertas no me hubiese bastado el espacio que dedico a todo este artículo; pero

ahí están las fotografías substituyendo con más elocuencia a todos los elogios que yo no tengo tiempo de hacer.

Entre las cosas de gran valor que posee la basílica zamorana, hay que admirar un crucifijo de Becerra, talla en madera que es un primor de dibujo y de expresión; una numerosa y riquísima colección de tapices—donados los de más valor por los duques de Alba de Aliste—y la magnífica custodia a que hago mención en el artículo referente a la iglesia de Santa María la Nueva, y que según las noticias enviadas incógnitamente —aunque de las cuales no puedo responder por no haberlo comprobado—, se acabó de construir el día de la Encarnación del Señor, del año 1515, por un maestro orfebre llamado Claudio y autorizada por el punzón del fiel contraste Pedro de San Gil, cuya obra fué costeada con las rentas de la Catedral.



Valiosísima custodia gótica que guarda la Catedral.

Santiago del Burgo

He aquí otra iglesia del siglo XII perfectamente conservada. Si la llamásemos hermana menor de la grandiosa basílica zamorana, no exageraríamos. En su construcción se nota la misma huella de ese interesante momento arquitectónico de transición del románico bizantino al ojival.

Exterior de Santiago del Burgo.

Interiormente parece esta iglesia un pequeño vaciado de la catedral. Las reparaciones sufridas han sido bien escasas, afortunadamente: obras de pura conservación que no llegaron a desnaturalizarla en nada.

Sin embargo, para que su fortuna no fuese completa, ha sufrido vicisitudes lamentabilísimas. La sacristía moderna, adosada a su fábrica, es un pegote del peor gusto que rompe la armonía de su carácter; pero, con todo, aun es más de lamentar la existencia de una casucha empotrada en la base de la torre y que oculta su principal ingreso, seguramente el más importante, el más bello, el más suntuoso. Desde el interior de la iglesia y desde dentro de esa mísera casa, visibles están los detalles que nos lo hacen suponer así. Hay un gran rosetón, simbolizando a la Santísima Trinidad, y dos preciosas ventanas.

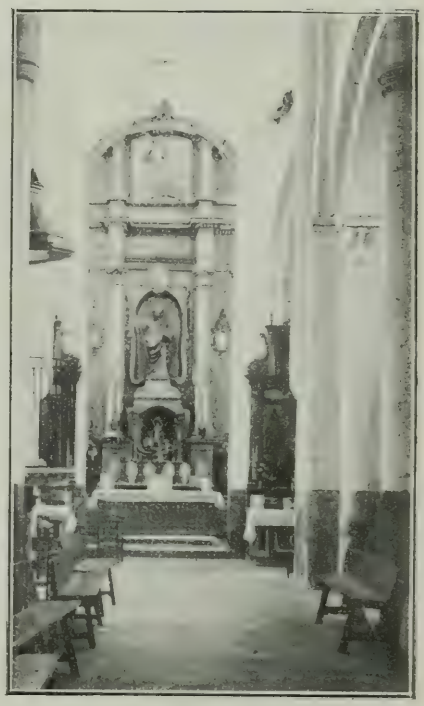
Tal vez algún día, si esta puerta, situada al oeste, no se halla demolida o destrozada al ser tapiada por la casa a que nos referimos, sea descubierta y pueda admirarse cumplidamente; y aun cuando nuestras conjeturas no se viesen comprobadas por la realidad y ese ingreso no fuese de tanto mérito como el que le suponemos, siempre el templo iría ganando al recobrar su esbeltez primera, su desembarazo y su carácter de conjunto.

Por lo menos, esa puerta tapiada no habría de ser menos interesante que las otras dos que tiene, y éstas son realmente preciosas. La del norte está formada por varios círculos concéntricos circulares, compuestos de dovelas almohadilladas y apoyadas en columnas de escasa labor. Su sensillez y su severidad la dan un aspecto sereno y grave.

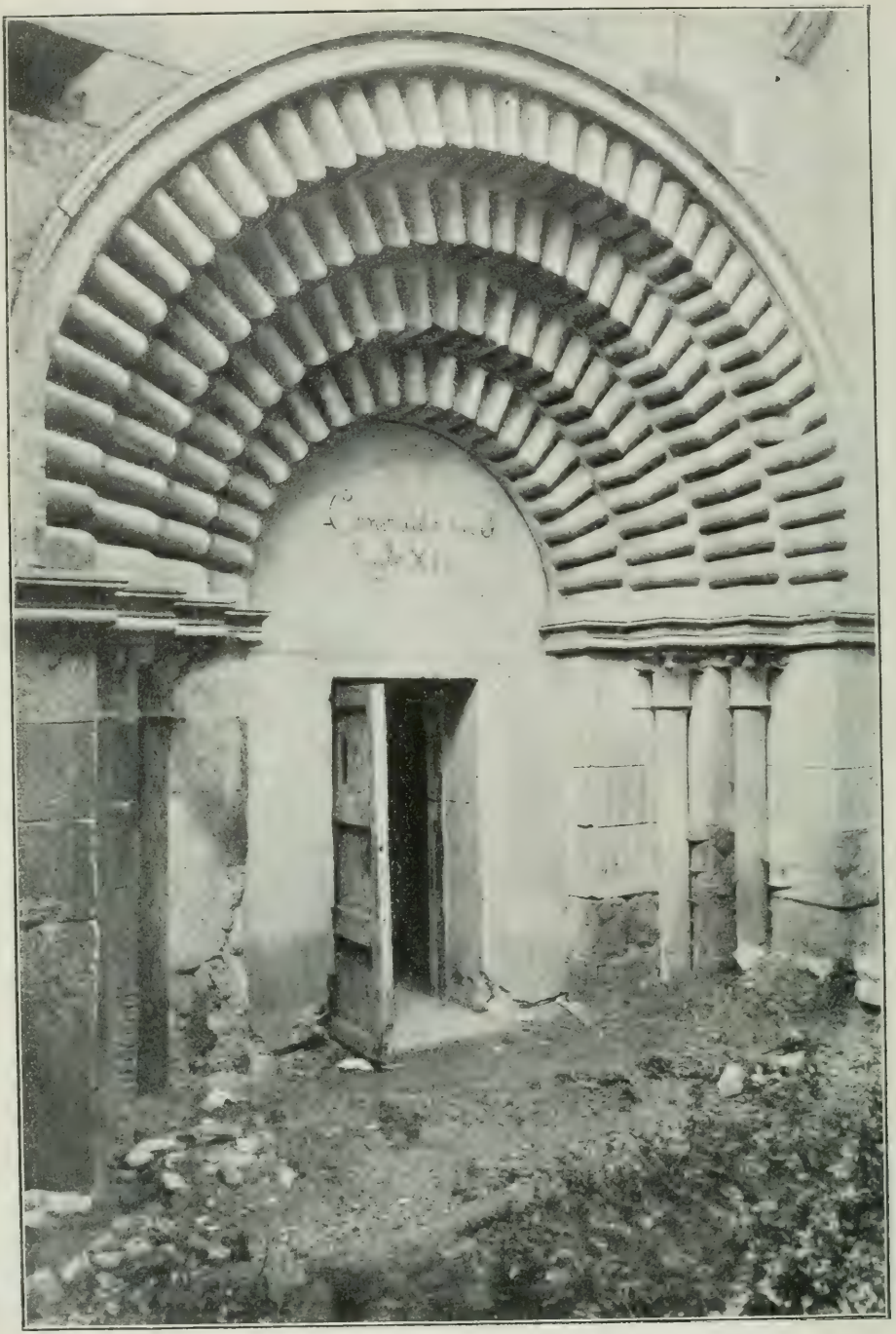
La otra que conserva el templo, la del lado sur, es más femenina, si se permite la frase aquí; más exornada, aunque su profusa decoración no la quita un ápice de su elegante ligereza y gracilidad. Lástima que las condiciones especiales en que se halla situada no nos haya permitido sacar de ella la fotografía que se merece.

En su composición general afecta igual forma que la del norte, sólo que sus dovelas son aboceladas y ofrece la particularidad de tener dividido el arco en el último tercio del espesor del muro por arcos lisos de corto radio, cuyo estribo común es un pendolón con su correspondiente remate, singularidad que le da a esta puerta un extraordinario mérito artístico.

Aunque el exterior de este valioso templo no es tan agradable por los detalles a que antes nos referimos, se ven sus grandes muros corridos y bien conservados,



Interior de Santiago del Burgo.



Portada del norte, de Santiago del Burgo.

sus calados rosetones de sencillo dibujo y algunas ventanas muy en carácter con el estilo de su construcción. Una de ellas, la del ábside de la nave central, tiene grandes bocelones, y está formada de diferentes arcos semicirculares concéntricos, apoyados en columnas esbeltísimas, con capiteles cuidadosamente labrados. Esta ventana conserva aún su primitiva reja.

Como se ve en la fotografía que publicamos, sus ábsides son rectangulares, y su cuadrada torre, sencilla y severa, adolece de pobreza en su remate.

El interior ya ofrece más agradable aspecto, ostentando tan valiosos detalles, que para presentarlos con el detenimiento a que se hacen acreedores necesitaríamos todas las páginas de este libro.

En nuestra somera misión apuntaremos que su planta es un paralelógramo con tres naves, y en ellas, en los arcos que las separan y en las bóvedas que las cubren, se ve claramente el período de transición en que el templo se construyó, como antes hemos advertido.

Hasta no hace muchos años, esta iglesia pertenecía a la jurisdicción eclesiástica de Santiago de Compostela, y está consagrada, privilegio de que carecen las demás iglesias de Zamora.

San Ildefonso

Esta iglesia arciprestal trae a la memoria sucesos altamente interesantes para la parte histórica de Zamora.

Para la monumental también es muy digna de tener en cuenta, pero más por lo que fué ayer que por lo que es hoy. Es acaso el templo zamorano que nos ha legado el pasado con más adulteraciones, hasta el extremo que lo que resta de su antiguo mérito artístico está horriblemente mutilado, cuando no oculto por mezquinas obras que lo escamotean a las miradas de los aficionados y del técnico en estas materias.

Esto acontece con el bello ábside, gemelo del de la Magdalena, y con la puerta del sur, de cuyos dos detalles hablaremos más adelante.

Los datos que de este templo se tienen hacen remontar su primera construcción al siglo VII bajo la advocación de Santa Leocadia, y aun hoy se pueden apreciar muy estimables restos de su primitiva fábrica pertenecientes al románico-bizantino.

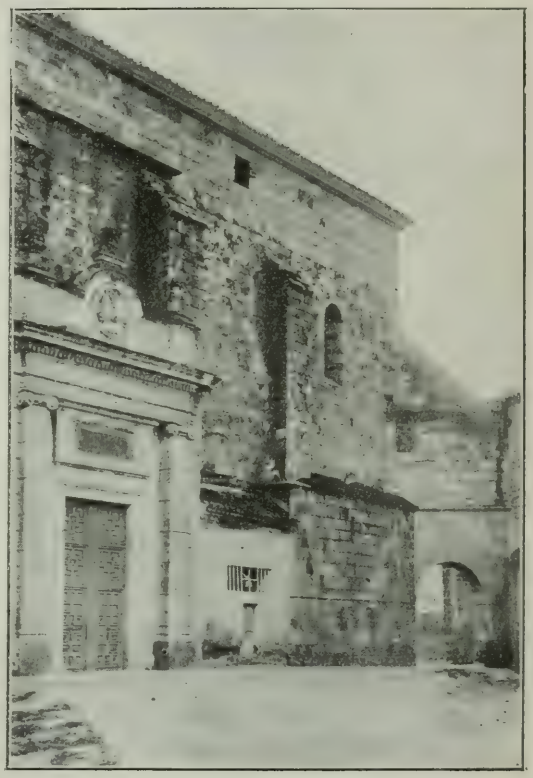
Destruído por las huestes mahometanas en el siglo IX, dos siglos después lo reedificó Fernando I bajo el patronato de San Pedro.

Tres naves tenía el primitivo templo y tres ingresos tenía también: uno al norte, otro al sur y otro al oeste. Hoy tiene dos ingresos solamente: el del oeste y el del norte, compuestos por dos portadas de estilo grecorromano, construídas a expensas del Ayuntamiento en el siglo XVIII, que carecen en absoluto de valor artístico y que entonan lamentablemente con el carácter del templo. Sólo conserva incólume su puerta del lado sur, por la callejuela de San Pedro, puerta admirable, esbelta, graciosa y severa a la par, compuesta de diferentes arcos lobulados y rica ornamentación. Esta puerta debió sin duda de servir de modelo o idea fundamental para la construcción de la maravillosa puerta llamada *del Obispo*, existente en la basílica zamorana, porque el templo de San Pedro fué construído

con anterioridad, y además se invistió con el carácter catedralicio durante el tiempo que duraron las obras de construcción de la catedral.

La suposición, como se ve, no es gratuita, y esto nos pone en conocimiento de la importancia que en aquella época se le dió a la bella iglesia de San Pedro, referente a su mérito artístico.

Cierto que esta puerta no es idéntica a la de la catedral, porque en la numerosa colección de puertas de esta clase que tiene Zamora nó se hallan dos iguales; pero no es menos cierta la inspiración que de ella tomó el artista para hacer la de la nueva basílica, reformándola con más gallardía y más esplendídez de ricos detalles.



Exterior de San Pedro y San Ildefonso.

Costeada por D. Juan Meléndez Valdés, sufrió este templo una gran reforma en el siglo XV, y entonces fué cuando las tres naves quedaron convertidas en una sola de atrevidos arcos. A esto se debe la elevación que se observa desde fuera sobre los antiguos muros, adición que se aprecia perfectamente por todos los lados, y que está protegida por arcos botareles de gran importancia arquitectónica.

De puro estilo bizantino, es su ábside semicircular un precioso modelo de su época, oculto por completo tras de un grosero muro, cuya utilidad es bien dudosa. A costa de bien poco esfuerzo podía quedar a la libre admiración del artista este bello fragmento de lo que fué en el pasado el templo bizantino de San Pedro. Y para sub-

sanar en lo posible este lamentable inconveniente, apuntaremos que desde los balcones de las casas fronteras puede verse hasta más de medio cuerpo de este notable ábside.

En 1628 se construyó el cuerpo superior de su cuadrada torre, y el término de la totalidad de sus reformas alcanzó al año 1723.

Pero si en este templo es donde el mérito artístico más ha sufrido, con relación a los demás templos zamoranos, en cambio, es en él en donde más importantes recuerdos históricos se conservan.

En el año 1200, y en ocasión de acometerse una de las primeras reformas, se descubrió el cuerpo de San Ildefonso, por los toledanos. Los legajos de la época refieren que al llegar en las excavaciones al lugar en donde el cuerpo santo se hallaba enterrado, se percibió una fragante emanación como de perfume de flores. Parece ser que los de Toledo, temerosos de que los árabes invasores profanasen el cuerpo de su santo arzobispo, decidieron trasladarlo a Santiago de Compostela, y que, por dificultades surgidas en su ruta, hubieron de dejarle depositado en Zamora en el año 714, siendo entonces este templo iglesia de Santa Leocadia.

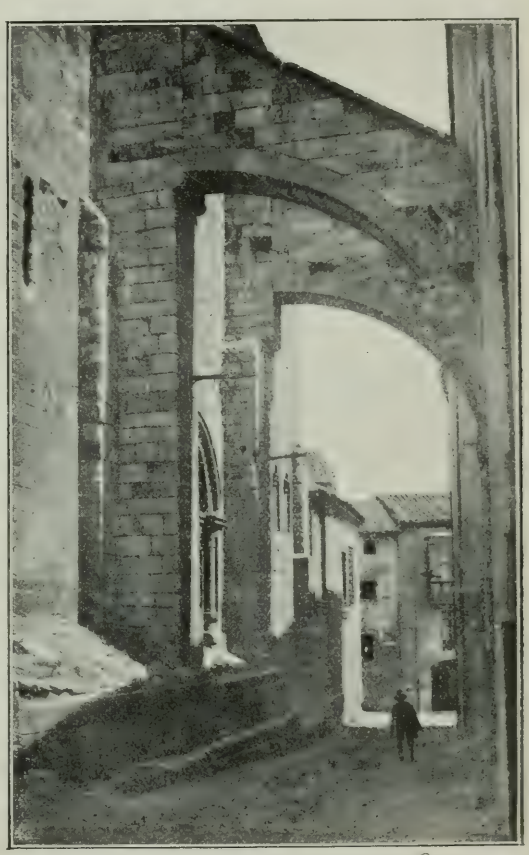
Son muy curiosos los documentos que existen dando cuenta del litigio entablado entre los toledanos y el cabildo y Ayuntamiento de Zamora para demostrar quiénes tenían más derecho a conservar los restos mortales del arzobispo toledano. Se dictaron numerosas bulas, pragmáticas, etc., pero Zamora no consintió jamás que le arrebataran el sagrado hallazgo.

En 1006 se enterró también en este templo el cuerpo del obispo zamorano San Atilano, hoy patrón de la capital, y en 1496, los dos cuerpos santos, encerrados en valiosas urnas de plata, se elevaron a la capilla alta en donde hoy se veneran, resguardados por una gran verja de hierro.

Cuenta la tradición que el puente romano que existió un día cerca de donde están hoy las aceñas llamadas *del Obispo*, se volcó en una sola pieza, quedando la base de sus arcos a flor de agua, y que San Atilano, antes de salir de la ciudad para una de sus sagradas misiones, arrojó su anillo a las aguas del Duero diciendo que cuando el puente volviera a colocarse en su primitiva y natural postura, volvería el anillo arrojado a su dedo. Pasó el tiempo, y ya de regre-

so el santo obispo, estando haciendo su frugal colación con un pescador en las riberas del río, al abrir uno de los peces preparados para el yantar se halló, atónito, con su anillo depositado en el vientre del pescado.

San Atilano había lanzado aquella profecía como señal de que sólo el cielo podía ser capaz de hacerle desistir de su propósito de abandonar el elevado cargo de obispo que venía desempeñando, y para el cual se creía indigno merecedor. Y entonces, viendo que para la omnipotente voluntad divina nada hay imposible, volvió a recuperar su anillo y a regir la sede zamorana hasta el día de su tránsito.



Puerta del lado sur, tapiada hace mucho tiempo, y arbotantes que sostienen la obra nueva que se elevó sobre la primitiva edificación,

Como reliquias especiales de este santo varón, se conservan en esta iglesia su histórico anillo, un peine y parte de su báculo pastoral. De su cuerpo sólo quedan fragmentos. La cabeza fué robada por un clérigo poco escrupuloso, que la llevó a Toledo, donde se conserva, creyendo que era la de San Ildefonso, y de este otro santo arzobispo también son fragmentos los que se guardan, porque, cediendo a repetidas e influyentes peticiones, se repartieron varios huesos a otras tantas iglesias, como sagradas reliquias de estos dos santos.

Y si se sabe que la veneranda cabeza del santo patrono de Zamora se halla en Toledo, es también por lo que la tradición asegura.

Según ella, cuando robado el cráneo, que se suponía de San Ildefonso, era conducido a Toledo procesionalmente, los fieles conductores entonaban de continuo solemnes "*San Ildefonso, ora pro nobis*„; y a uno de estos ruegos contestó la santa calavera diciendo:

—¡No soy Ildefonso, que soy Atilano!

Los restos que quedan en este templo de uno y otro están enfundados en unas bolsas de seda carmesí, que contienen las urnas de plata a que antes hicimos mención.

Tres llaves tiene la alta verja que guarda el sitio donde los santos restos están depositados, y estas llaves las custodian distintas y elevadas dignidades religiosas y civiles.

Fué siempre tanta la distinción de que fué objeto este templo, que a él acudieron reyes y altos magnates para venerar las sagradas reliquias, y fueron escasísimos los enterramientos que en él se llevaron a cabo, a pesar de los cuantiosos bienes que se ofrecieron para lograr este propósito.

Desafío de Monsalve y Mazariegos

La *plaza de la Yerba,* hoy de Sagasta, debió su denominación a un acontecimiento ocurrido por el año 1531, que, llenando de temores y sobresaltos a la capital, dejó glosada una de las páginas en que más claramente se vendrá en conocimiento del heroico y esforzado temple de nuestra raza.

En una de las reuniones que la nobleza celebró por aquella época en el templo de Santa María la Nueva, a propósito de una discusión de poca monta entre el anciano caballero D. Diego de Monsalve y el joven y gallardo D. Diego de Mazariegos, los pocos años y los muchos bríos hiciéronle a éste perder la discreción y el respeto, y arrancando el báculo del viejo, hubo de golpearle con él sobre la frente, hecho lo cual salió del templo entre la natural confusión.

Quedó el anciano Monsalve herido de muerte con la afrenta; escribió a sus hijos, ausentes a la sazón, contándoles el suceso y rogandoles que de él no tomaran ninguna clase de venganza, y murió a poco. Todas estas tristes nuevas llegaron hasta Corón de Grecia, donde el hijo mayor de Monsalve se hallaba como capitán valeroso y esforzado.

La ira y el dolor dieron con él en tierra, presa de un síncope, vuelto del cual sus amigos le instigaron a tomar reparación de la afrenta, con la promesa de matarle a él si en el término de dos años no daba remate a tal empresa de honor.

Sus amigos y paisanos ayudáronle a recabar permisos para el viaje y licencia del Maestre de la Orden a que pertenecía; juntáronle más dinero sobre los 8.000 escudos que del saco de Corón le pertenecieron, y a su tierra natal volvió el de Monsalve con varios de sus amigos —Bernardo Sotelo entre ellos—, con la espada preñada de coraje y el corazón rebosante de bravura.

Comedido y cortés, en cuanto Monsalve sentó sus reales en España, mandó una misiva a Mazariegos, emplazándole para el desafío en una isla del Duero cercana a Fariza, dejando a su elección las condiciones del encuentro.

No anduvo, a lo que parece, muy diestro en acudir el de Mazariegos, pues dando ocasión a que el Corregidor se enterase, mandó prender a Monsalve, lo que no se logró, porque el retador cambiaba de lugar a cada paso.

Así las cosas, un día sorprendió a los zamoranos la lectura de unos carteles fijados con profusión por la ciudad, en los cuales Monsalve, luego de relatar lo acontecido, retaba nuevamente al ofensor de su padre, emplazándole para el término de dos meses, que aguardaba en Portugal su respuesta, haciendo constar que, transcurrido este tiempo sin la consiguiente satisfacción, se valdría de cuantos medios estuvieran a su alcance para lograr la reparación debida, *ya con armas arrojadizas, aventajadas, de fuego y de otra cualquier manera, aunque sea con tósigo o ponzoña, indigna cosa de poner en memoria de hombres.*

Estas fueron las últimas palabras que el de Monsalve estampó en su cartel de desafío.

Ninguna respuesta dió el de Mazariegos, ni parecía cuidarse gran cosa de las últimas advertencias contenidas en el cartel desafiador; pero hubo de rectificar bien pronto, porque notó unos rumores subterráneos alrededor de su palacio, que le hicieron recurrir al Corregidor, quien descubrió una mina trazada desde una casa contigua y encaminada a la mansión de Mazariegos.

Ya éste tomó en más cuenta la advertencia y puso en mejor recaudo su persona, ocultándola en un monasterio, el cual asaltó una noche Monsalve, entrando con dos amigos por una ventana. Gracias al tino de los monjes, no se hallaron allí frente a frente los litigantes; pero estos y otros acontecimientos, prolijos de relatar, agriaron tanto las pasiones entre las familias de ambos mozos, que, aprovechando la circunstancia de hallarse sus viviendas fronteras, comenzaron a entablar tan enconada lucha, que en mucho tiempo hubo de paralizarse totalmente el tránsito por aquel sitio, donde la hierba creció salvaje y enmarañada, como el odio de aquellas fami-

lias, dando motivo a que se le denominara *plaza de la Yerba* de allí en adelante.

Estaba suspenso el caso, cuando una mañana, haciendo detener la procesión del Domingo de Ramos, que por las calles de la capital pasaba, cuatro jinetes bien enjaezados pregonaron que a quien dijese el paradero de Mazariegos a Monsalve le serían entregados 500 ducados por el vecino de Zamora Gregorio Sotelo. Para terminar con una situación tan enojosa, se convino, al fin, en algo que diese los pacíficos resultados apetecidos, y, en su consecuencia, Mazariegos fué a postrarse ante el sepulcro del ofendido anciano, e hizo allí una retractación, de la que tomó nota un escribano, y fué enviada a Monsalve, concertándose también el lugar en que los dos contendientes habían de hallarse para la reconciliación.

Así que se hallaron los dos, con los jueces y testigos en el *Campo de la Verdad,* avanzó Mazariegos hacia Monsalve y, mostrándole una carta, le dijo:

—Vea vuestra merced lo que vuestro padre os recomienda aquí.

Era la misiva en que el anciano rogaba a su hijo que no tomase venganza alguna y que defendiese a Mazariegos, como a su deudo que era.

—Aquí—replicó Monsalve—habla mi padre como cristiano, pero a mí me toca obrar como caballero.

Entonces Mazariegos, tomando su espada por la punta, se la entregó diciendo:

—Suplico a vuestra merced tome esta espada y haya misericordia de mí como de su rendido.

Tomóla Monsalve con gallardo continente, y pasando por ella la lengua, desde la punta a la guarnición, dijo en voz alta, para que fuese oído de todos:

—Doy muchas gracias a Dios porque ha traído a vuestra merced a este convencimiento. Viva vuestra merced en paz de hoy en adelante, y si alguno le agraviase, avíseme, que yo le desagraviaré y satisfaré a todo mi poder.

Y metiendo su daga en la vaína, se quedó con una espada en cada mano.

Bien entendieron todos la humillación de aquellas palabras; pero lo de quedarse con la espada del rendido era cosa que no entendían igual.

Uno de los amigos de Mazariegos se llegó a Monsalve a reclamar la espada para su patrocinado; pero el inflexible caballero, mostrando la suya, respondió:

—Con esta defenderé yo al señor de Mazariegos cuando lo haya de menester, que la que vuestra merced reclama no tendrá valor de aquí en adelante.

—Mejor será la mía para ese caso—replicó amostazado el demandante.

—Esto por ver está—añadió Monsalve—, y en parte se halla vuestra merced donde poder probarlo si quisiéredes.

Intervinieron todos los allí presentes con grande y buena voluntad, y a esto se debió que no terminase en duelo la concertada reconciliación. Pero no consiguieron reducir la inquebrantable resolución de Monsalve.

Con la flamante espada de Mazariegos se quedó; y la preciosa arma, de templado y reluciente acero, enjoyada ricamente en la guarnición de los gavilanes, la colocó Monsalve atravesada sobre el escudo de piedra que campeaba en la fachada de su palacio.

Allí estuvo muchos años, frente al otro solar de donde un día salió la afrenta para el anciano Monsalve, y dicen que durante todo este tiempo permanecieron cerradas las puertas y ventanas de los Mazariegos para no ver aquel permanente pregón vejatorio.

Y allí siguió y siguió muchos años, hasta que llegó el último día de Mazariegos. Entonces la mandó descolgar Monsalve y se la llevó a la ciudad de Toro. Ya muerto el ofensor de su padre, le era poco grato vivir en el lugar de la ofensa, y fué a pasar el resto de su vida a su casa toresana.

Hasta hace bien poco quedaba en pie el torreón principal de la casa de Monsalve. Ya no se veía sobre su escudo la famosa espada, pero sí se recordaba el temple de su estupendo vencedor, como un eco heroico de lo que fué la raza, esta raza ibérica tan desgastada por las desventuras y los reveses.

Como este libro tiene por objeto glosar todo aquello concer-

niente a la capital zamorana que tenga un carácter monumental e histórico, no podíamos pasar este hecho que, con el sitio puesto a la plaza por Sancho II y el motín llamado de la trucha, compone la trilogía de las más salientes manifestaciones de este pueblo.

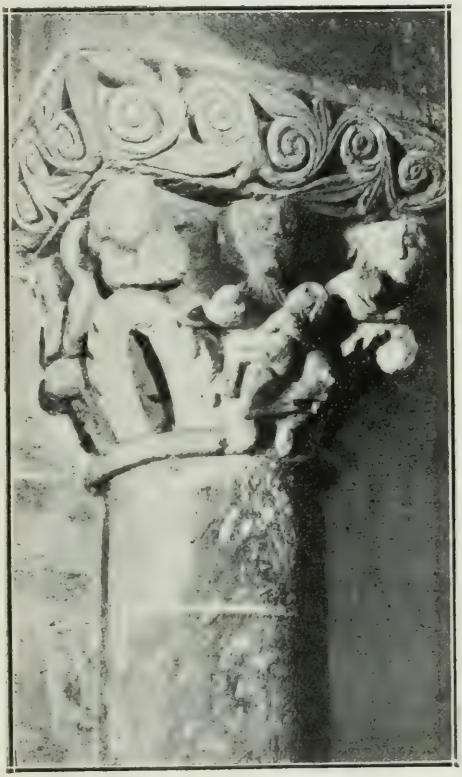
Tiene el suceso toda la interesante trabazón de una tragedia de odios, semejante a la de los Capuleto y los Montesco, y el propio Shakespeare no la hubiera desdeñado para urdir una de sus inmortales obras.

Lástima que hayamos llegado tarde para proporcionar a este relato las ilustraciones gráficas que fueran de desear; pero derribados ya los dos palacios de estos notables caballeros, nada curioso ha sido posible hallar para cumplir estos fines.

Santo Tomé

Por su antigüedad es una de las iglesias más interesantes que existen en Zamora. Si hay alguna que el inteligente no deba dejar de visitar, es ésta.

Para el lerdo en estas materias, en este ramo del arte, seguramente que la iglesia de Santo Tomé será la que menos le llame la atención por la pobreza de su aspecto y lo ruinoso de su estado. Todo esto serán sobrados motivos para que aparte la vista de esta edificación; pero para el aficionado y para el técnico será uno de los ejemplares más dignos de estudio.



Un capitel de Santo Tomé.

Según los datos hallados, en el siglo XI, durante el reinado de Alfonso VI, y bajo la protección de su hija Doña Urraca, se fundó una iglesia que se tituló Santo Tomé, situada sobre la Puebla del Valle, hacia la parte del naciente de la ciudad y extramuros de ella.

Por las noticias que existen se deduce que Alfonso VII la instituyó en catedral—antes que lo fuera San Ildefonso, y durante la construcción de la actual basílica—, y en ella instaló al obispo D. Bernardo, *Primus de Modernis*.

Adulteraciones de gran importancia ha debido de sufrir esta iglesia. Pobre es su aspecto interior; su planta, que es rectangular,

y que debió de ser de tres naves, hoy aparece con una sola desproporcionada.

Intactos permanecen los arcos de los tres cascarones; el de la capilla mayor es semicircular, y se apoya en columnas cuyos capiteles se hallan labrados con hojas y frutas, terminando con un trenzado de mimbre sujeto con un cable y guarnecido por encima con un ajedrezado, que es el dibujo repetido en todas las fajas, cornisas y arcos de la iglesia, interior y exteriormente.

Las capillas colaterales, que fueron descubiertas en el año 1878, tienen los arcos reentrantes y es tan pronunciada su forma, que parecen trazados por un arquitecto árabe.

Por debajo del ajedrezado tienen también un cable, como se ve en el arco toral, que ciñe y sujeta las dovelas, y estos arcos se apoyan en gruesas columnas con abultados capiteles y exornados de hojarasca, menos dos de ellos que, en toscas figuras, reproducen el Nacimiento del Señor y la Adoración de los Reyes. También aquí se ven delgados cables ciñendo estos arcos, y como si los amarrasen a los fustes de las columnas.

Otro capitel de Santo Tomé.

Exteriormente, la parte más interesante que hoy puede apreciarse es la que recae al lado del oriente. Allí se ve el ábside central ceñido por dos fajas horizontales ajedrezadas, de las cuales la más alta se apoya en los capiteles de dos columnas que tiene empotradas en el muro, y la inferior está cortada por los fustes de estas columnas. En el centro tiene un arco semicircular adornado con una primorosa orla de flores.

El ábside lateral de la izquierda tiene una ventana con una sola columna, en la que apoya su arco semicircular.

La imposta de coronación también es ajedrezada y está sostenida por canecillos toscamente labrados, algunos con extrañas figuras, como los de los ángulos que se asemejan a las gárgolas por su mayor tamaño.

Los vestigios de su antigua torre no han llegado a nosotros, ni se tiene noticía de cuándo se demolió esta parte del edificio. Sólo se sabe que la espadaña que hoy posee sobre su moderno ingreso se construyó en el año 1836.

En el altar mayor de este templo se conserva a la veneración de los fieles el cuerpo de San Cucufate.

Por las condiciones en que este edificio se halla, ni se ha podido obtener una información gráfica que diera una idea exacta de él, ni se hubiese podido hacer otra cosa que ofrecer pequeños detalles, puesto que tantas adulteraciones se han hecho allí.

Por eso, como una pequeña muestra, acompañan a esta breve reseña la reproducción de dos de sus capiteles, los más dignos de fijar en ellos la atención. Estos capiteles son los que representan el Nacimiento del Señor y la Adoración de los Reyes. Aun están las figuras más toscamente esculpidas que en la mayoría de los bajorrelieves de este estilo, lo que parece indicar una época probablemente anterior.

Cierto que con las restauraciones sufridas la primitiva construcción, en su totalidad, ya no es posible reconstruirla ni hacer otra cosa que discretas conjeturas a propósito de ella; pero si se cuidase con más interés de la parte auténtica que queda, aun podían apreciarse mejor detalles de gran mérito artístico; y si se derribase la tapia que cerca el templo, quedaría al descubierto el lado de los ábsides, que, como dijimos, es el trozo del edificio que al exterior ofrece con más pureza el carácter de su primitiva traza.

San Cipriano

Esta iglesia dejará uno de los más gratos recuerdos en el ánimo de cuantos la visiten, ya sean meros turistas no iniciados en materia arquitectónica, ya sean competentes amadores del arte.

Su situación y su pintoresco aspecto y las obras de mérito que posee realizarán este efecto.

El templo de San Cipriano—antiguamente llamado de San Cebrián—está emplazado en uno de los lugares más típicos de la capital, erguido alrededor de callejas empinadas y angostas, de pura traza castellana, y junto a plazoletas aguijarradas entre el verde musgo, inseparable de los parajes húmedos y solitarios.

Porque las reformas urbanas no han entrado por este lado de la capital en donde San Cipriano se halla; aun conserva este templo un carácter tan típico, que a él se deberá el agradable recuerdo que deje en el ánimo de quien a él se acerque, como antes dijimos.

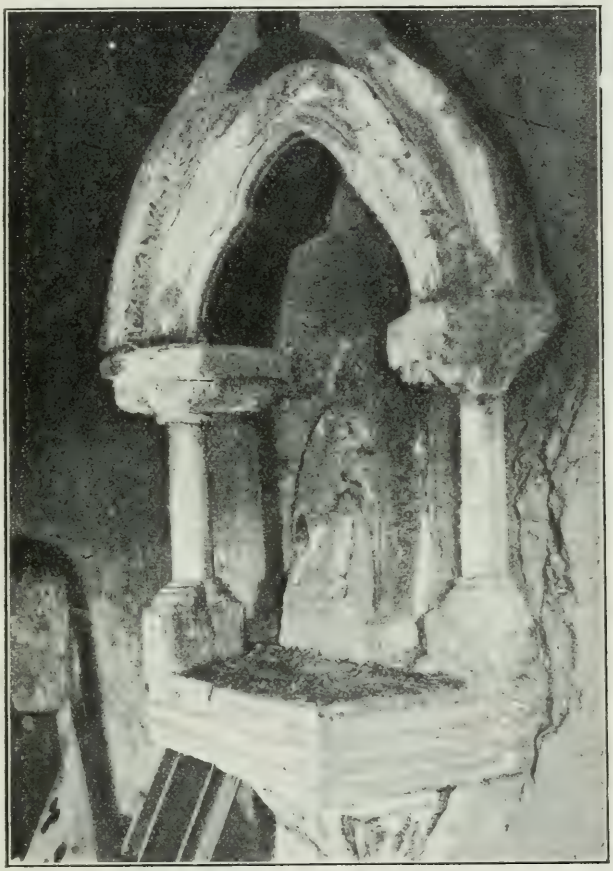
Pero en el pasado, cuando el templo se hallase en el idéntico estado en que se construyó y aun no hubiesen variado los lugares anejos a él, el antiguo San Cebrián sería de una bellísima perspectiva, como supondréis por los datos que se conservan y que aquí mencionaremos.

En el año 1022, reinando Alfonso V, y al sur de la ciudad, fué construído este templo dentro del recinto murado por Alfonso III *el Magno*, y debió de ser uno de los mejores ejemplares del romano-bizantino en su primer período. Detalles conserva aún, como veremos bien pronto, que no han sido superados en ninguna otra construcción de este estilo.

Se hallaba situada esta iglesia junto a la antigua puerta de San Cebrián, y tuvo un pórtico de indisputable mérito artístico, como lo prueban los restos que de él existen en el estribo izquierdo del segundo arco formero, en su arista exterior.

En una de las grandes reformas que se han llevado a cabo en

esta iglesia, este pórtico entró a formar parte de ella, a lo cual, probablemente, se debe la imperfección que se advierte en su planta actual recayente al lado del norte, y al propio tiempo de la moderna construcción de su frente principal de sillería lisa, que con su puerta adintelada constituye el único ingreso de que hoy dispone.



Hornacina que se halla en el ángulo de la torre de San Cipriano.

De su primitiva coronación, apoyada en canecillos de piedra de variadas labores y figuras, aun se ven las huellas alrededor, como todavía existen los huesos de varios enterramientos por el lado del sur.

Una de las principales entradas de esta iglesia debió de ser la portada que existe al lado del mediodía, formada por dos arcos apuntados ligeramente. En uno de ellos existe una inscripción, pero la cal que la embadurna no permite que pueda ser leída.

Al lado derecho, y sobre los tímpanos de esta puerta, existen varios sillares esculpidos, cuya procedencia se ignora, aunque puede asegurarse que se hallan colocados entre la parte que constituye la primitiva edificación.

Uno de estos sillares tiene esculpido un monstruo policéfalo, que parece representar al famoso Cancerbero, y el otro tiene una extra-

ña figura humana con una inscripción incompleta, pero en la que puede leerse, sin embargo, el nombre de *Paulus* que *fabricó* el templo.

La torre es cuadrada, de poca altura y de fuertes muros. En su cuerpo superior tiene dos grandes huecos en cada uno de sus lados, de forma apuntada y aboceladas aristas.

Actualmente, la base de esta torre está oculta por un cuerpo adosado a ella que ha venido a hacer el servicio de desván, en donde se guardan trastos inútiles y viejos utensilios de la iglesia. Y con la construcción de esta covacha se le ha privado al templo de uno de sus más bellos detalles, porque en el ángulo del este de la torre, y como a unos tres metros del suelo, hay una hornacina saliente, de preciosa forma y afiligranada de labores. Se compone de un arco —que tiene un pronunciado carácter árabe—apoyado sobre dos columnas cortas de labrados capiteles y sus respectivas basas. Todos ellos descansan sobre una repisa recta profusamente exornada con delicadísimos dibujos y molduras, que poseen inscripciones imposible de leer por lo maltratadas que están entre la mala conservación y el desdichado jalbegue.

Para poder obtener la copia fotográfica que de esta hornacina reproducimos, luego de haberla limpiado cuanto fué posible, hubo necesidad de picar la pared, en donde las esbeltas columnitas se hallaban casi sepultadas.

Rarísimo es este precioso ejemplar y bien digno de que manos más piadosas y personas inteligentes le hubieran dedicado el cuidado y atención que merece.

Recordando que por este lado del templo existió antaño una calle, que comunicaba por medio de una escalinata con la antigua puerta de San Cebrián, se ve bien a las claras que la hornacina tenía la pía misión de exponer a la devoción pública una imagen, cuya huella aun conserva, como otras muchas hornacinas de su género.

También se conservan las huellas del precioso mirador que tuvo este templo. Sobre el gran salto que ofrece el terreno y aplomo del corte vertical que presenta la roca en dicho punto, todavía quedan restos de la trabajosa arcada que se erguía sobre aquellas alturas.

Otro de los preciados detalles que aun conserva esta iglesia

es una bellísima ventana, abierta en el ábside de la nave izquierda.

Hermosa por todos conceptos, en su conjunto y en su composición desarrolla en derredor de su estrechísimo y prolongado hueco tan variadas lindezas, que constituye acaso el mejor ejemplar del estilo a que pertenece.

Tiene un esbelto arco semicircular, seguido de otros dos, compuestos de ricos ajedrezados y otros primorosos dibujos, el cual se apoya sobre los labrados capiteles de dos columnas de corto fuste.

Bellísima ventana, con reja de la época de su construcción, que se halla al exterior de los ábsides de San Cipriano.

Sobre su estrecho tragaluz tiene en relieve un grupo de figurillas que parecen reproducir algún pasaje bíblico, y aun conserva en su abertura la primitiva reja.

Afortunadamente, su buena conservación ha podido facilitarnos una copia fotográfica, que será su mejor elogio y su descripción más exacta.

Al exterior no puede apreciarse este hermoso detalle, porque la iglesia, que hoy forma parte del Hospicio provincial, está rodeada

de una tapia que deja solamente libre el lado de su único ingreso.

Interiormente, el templo no ofrece nada de particular en su reforma, sino es el arco ojival de la capilla mayor, que posee también muy lindos capiteles esculpidos con figuras y diferentes adornos.

Cuando se arruinaron las modernas bóvedas de yeso y ladrillo, quedaron al descubierto interesantes detalles del primitivo techo que tenía por cubierta este templo.

Su techumbre era de madera, pintada con rarísimos y variados dibujos de muy diferentes tintas, y esta techumbre se apoyaba en unos palos profusamente tallados. Seguramente debió de componer este techo un artesonado originalísimo y de extraordinario mérito artístico.

Y, por último, también es muy curiosa la composición y pintura de los arcos torales que poseen las capillas laterales, descubiertos en el año 1890 al emprender la reconstrucción de sus bóvedas.

Otros datos interesantes

Aunque sea someramente, aunque no los ilustremos con fotografías, hemos de apuntar algunos datos interesantes que vendrán a completar el propósito de este libro para la mayor utilidad del aficionado a estas materias.

Además de las cosas de mérito que ya dejamos cumplidamente anotadas, existieron otras que, víctimas de muy diferentes vicisitudes, o desaparecieron o se adulteraron de tal modo, que perdieron precisamente aquello en que estribaba su principal mérito.

*
* *

Así ha ocurrido con la llamada *Casa Santa*, mandada construir por el canónigo D. Alfonso Fernández Cuadrado, ajustada al plano y medidas de la casa y sepulcro del Señor existente en Jerusalén.

Esta obra se llevó a cabo en el año 1417, dentro de un atrio cercado con un muro almenado y al lado izquierdo de la puerta de San Torcuato, dentro de la ciudad. En el interior de esta obra existía un pozo, al que se le denominó *pozo de la Samaritana*, y del cual cuenta la tradición muchas consejas que no hacen al caso.

Este edificio, interesante por tantos conceptos, se le dejó arruinar, y reformado con otros fines que el suyo propio, se utilizó en diversas ocasiones, borrando su primitivo carácter y toda su significación.

Aun existen restos de lo que fué, pero tan desnaturalizados, que ya nadie puede adivinar en ellos el piadoso recuerdo de un edificio tan interesante.

*
* *

Bastante más queda en pie de la antigua iglesia de San Leonardo, que poseía detalles de gran mérito artístico, pero que des-

aparecieron y no por influencia del tiempo ni de las reformas que tantas mutilaciones llevaron a cabo, sino víctimas de mercenarias especulaciones. Vendida esta iglesia a un particular, dispuso de ella con el perfecto derecho a que le daba su propiedad, y de este notable ejemplar bizantino pronto desapareció un precioso detalle que exornaba su portada principal.

Sobre la clave del arco superior existía la imagen de una antigua Virgen empotrada en el muro y resguardada por una verja. A derecha e izquierda de esta portada se hallaban, sobre repisas sostenidas por almohadillones semejantes a los de la puerta que reproducimos de Santiago del Burgo, dos leones de gran tamaño. En el de la derecha se veía la figura de un niño que, según la tradición, representaba la leona que crió a San Leonardo.

Aunque no fuera más que por este detalle, éste hubiese sido uno de los templos zamoranos que más hubieran llamado la atención, porque tanto las figuras mencionadas como la decoración que las complementaba, tenían una traza bizantina de gran mérito. También la torre ha sido una de las que han conservado su cubierta piramidal hasta el momento de su demolición, sin reforma de ningún género.

*
* *

El templo de San Vicente Mártir también es otra de las edificaciones dignas de visitar. Si las condiciones en que se encuentra no nos lo hubiese impedido, este templo también hubiera formado parte de nuestra reseña gráfica, aunque no fuera más que por su puerta—muy semejante a la que reproducimos de la Magdalena—y por su magnífica y esbelta torre. Pero todo lo que hubiere sido escogido para la fotografía se halla en un paraje tan angosto, que hubo necesidad de desechar este propósito.

Como dato curioso, apuntaremos que junto al púlpito de esta iglesia existe una inscripción latina que atestigua que en aquel sitio predicó San Vicente Ferrer durante el tiempo que estuvo en Zamora.

*
* *

No es menos digna de visitar la iglesia de San Isidoro, cons-

truída en el siglo XII, bajo la protección de Doña Sancha. Aparte de los buenos detalles que conserva de su estilo romanobizantino, constituye su más saliente característica el ábside: sin duda, el más notable de los de su época. Su forma es un cuadrado perfecto, y en sus lados del sur y norte, entre pilastras o ligeros contrafuertes, tiene dos ventanas cada uno de estrechísimo y prolongado tragaluz, decorado por un arco semicircular, apoyado en dos elegantes columnas con capites labrados. Son notabilísimas cada una de estas ventanas, aunque el conjunto del ábside está destrozado por haber construído en su centro un camarín como el de la iglesia de Santa María la Nueva.

Otras ventanas semejantes existen en los muros, y corona este edificio una graciosa moldura apoyada en preciosos y variados canecillos de piedra esculpida.

La más notable de todas estas ventanas, a mi juicio, es la del lado del oeste, ventana de rueda, que si no se distingue por sus dimensiones, se distingue por su notable carácter.

Algunos autores reputan a este modesto templo por el más antiguo y de estilo más puro de todos los bizantinos que existen en Zamora.

*
* *

Dos detalles dignos de anotarse existen en la modestísima iglesia de San Antolín. Siendo la más humilde de todas las iglesias zamoranas y la más pobre de las edificaciones del siglo XI, nada de particular ofrece su edificación. Pero en ella se conserva un cáliz de plata, regalado por Felipe II a la Virgen de la Concha, que allí se venera, con la correspondiente inscripción que así lo reza, y que, sin ser de una gran magnificencia, es una buena labor de orfebrería.

El otro detalle es un cuadro antiguo en el que se reproduce la puerta de Zambranos, la entrada principal del palacio de Doña Urraca, merced a lo cual se puede saber cómo eran estas torres, que hoy han llegado a nosotros desmochadas de los detalles arquitectónicos más característicos.

*
* *

San Andrés posee un retablo—que perteneció a la Compañía

de Jesús—de gran mérito artístico, como asimismo los enterramientos del obispo Zapata y de D. Alonso Sotelo, con esculturas de alabastro de lo mejor de su época.

*
* *

San Frontis—una modesta iglesia situada en el barrio de este nombre—posee dos capas pluviales, una casulla y un paño de púlpito, todo ello de una antigüedad y de un mérito que los hacen acreedores a tenerlos en cuenta.

Y por su carácter histórico debemos anotar las banderas del Regimiento que se conservan en la iglesia de Santa Lucía, y por su valor pictórico, la tabla de Fernando Gallego existente en la parroquia del Sepulcro.

Grabados que contiene este libro

Cubierta

Vista panorámica del Duero y cúpula bizantina de la Catedral.

Introducción

Ruinas del palacio de Arias Gonzalo, existente junto a la puerta de Olivares.

Pero Mato

La famosa veleta que representa el brazo de Viriato armado de la "Enseña Bermeja,,.
La veleta denominada "La Gobierna,,.
Torre de San Juan de Puerta Nueva.
Atrio de esta iglesia.

Recuerdos históricos

Puerta de Zambranos de la Reina: entrada principal del palacio de la infanta Doña Urraca.
Portillo de la traición.
Puerta del Mercadillo.
Capitel de Santiago el Viejo.
Altar donde fué armado caballero el Cid, en Santiago el Viejo.

La Magdalena

El ábside.
Puerta principal de este templo.
Sepulcro de D. Juan Vázquez de Acuña.

Casa de los Momos

Fachada del palacio de los Sarabias.
Detalle de una de sus ventanas.

El Castillo

Vista del castillo por la torre del Homenaje.
Detalle de las murallas.

San Claudio de Olivares

Puerta de este templo.
Vista interior del ábside.
Detalle de tres capiteles distintos.

Santa Maria de la Horta

Puerta principal de este templo.
Detalle de un capitel.
Otra puerta de este templo.

Santa Maria la Nueva

Vista exterior del templo.
Detalle de su notable ábside.

La Catedral

Vista de la Catedral por el lado de la torre.
Detalle interior de la basilica.
Vista interior de la cúpula.
Vista exterior de la cúpula.
La magnifica puerta del sur.
Vista interior del coro.
Sepulcro del Dr. Grado.

Dos detalles de las mensulillas que sostienen los asientos de las sillas del coro bajo.
Puerta de la sacristia.
Puerta del claustro.
Verja que cierra el coro.
Custodia de la Catedral.

Santiago del Burgo

Vista exterior del templo.
Interior del templo.
La notable puerta almohadillada

Santo Tomé

Detalle de dos capiteles.

San Cipriano

Notable hornacina.
Una preciosa ventana.

Este libro se acabó de imprimir en la oficina tipográfica de D. Antonio Marzo, en Madrid, el dia veinticuatro del mes de Julio del año mil novecientos diez y siete

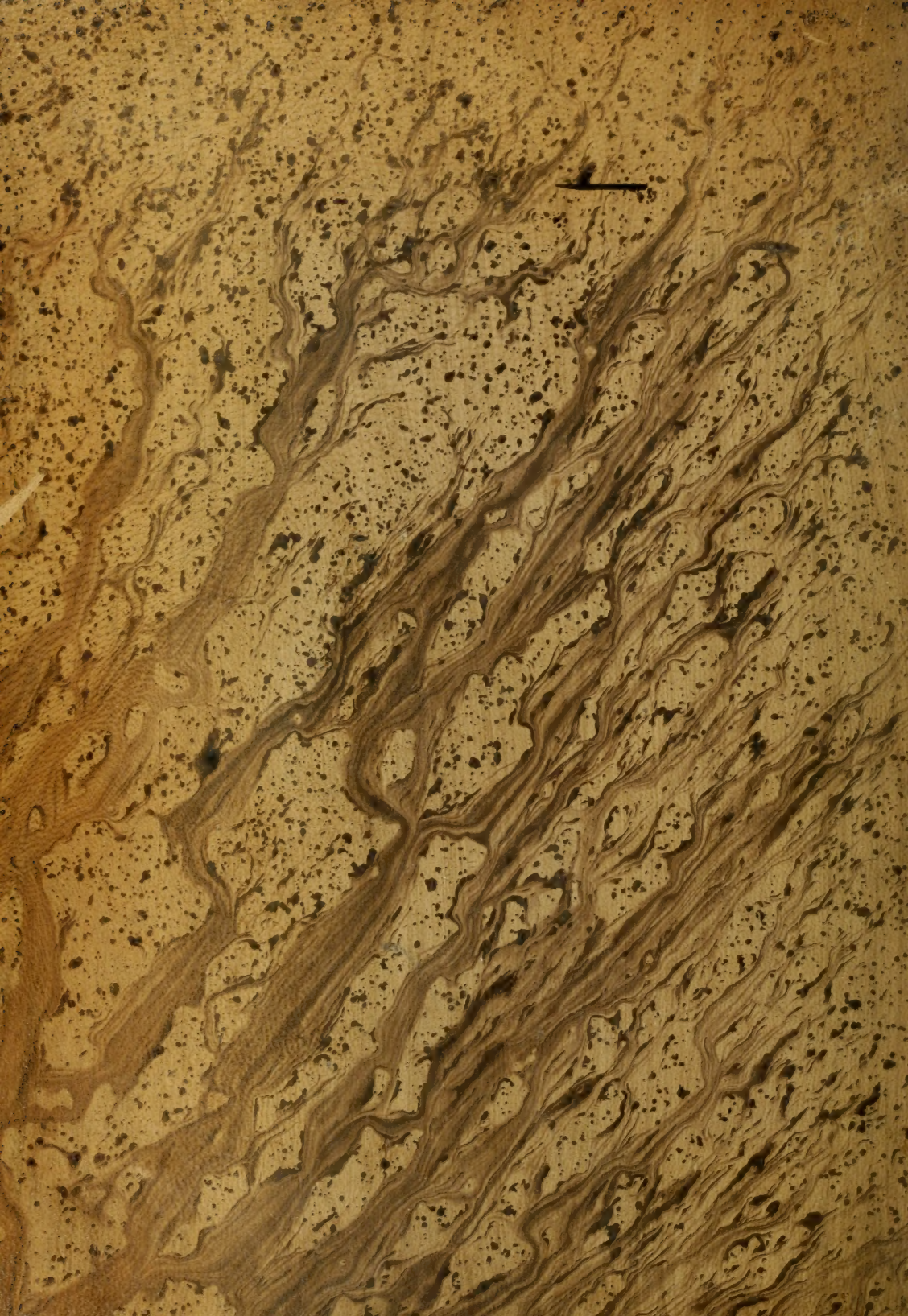
152402 HSP
H8675s

Author Hoyos, Julio

Title El solar de Arias Gonzalo.

NAME OF BORROWER.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU